

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

LAS SEÑORAS MUEREN DE NOCHE

Burton Hare



COLECCION

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.384 - La cita de los muertos

En Colección PUNTO ROJO:

779 - Noche de vino y sangre

En Colección LA HUELLA:

126 - Lima color de sangre

BURTON HARE

LAS SEÑORAS MUEREN DE NOCHE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 781
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 6.348 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1977

© Burton Haré - 1977
texto

© Desilo - 1977
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Jim Ridel salió del bar no muy seguro de que sus piernas sostuvieran sus ochenta y tantos kilos de músculos bien entrenados. Caminó por la acera y en la esquina se detuvo, delante del tenderete del vendedor de periódicos.

Tropezó con su cara, no demasiado atractiva con aquella expresión sombría con que le habían sorprendido los fotógrafos, que le miraba desde la primera página de los diarios de la noche.

En uno de ellos, el reportero de sucesos se había esmerado y un enorme titular rezaba:

CAZALOBOS RIDEL EXPULSADO DE LA POLICÍA

La gente pasaba por su lado para adquirir los diarios. Se iban enfrascados en la lectura, engullendo las truculencias con que los periodistas adornaban la ya de por sí violenta historia.

Echó a andar, y en aquellos momentos su cara era mucho más sombría aún que en la fotografía reporteril.

Entró en otro bar, y luego en otro, y cuando ya fue noche cerrada se encontró con que no recordaba dónde había dejado el coche, y apenas si recordaba siquiera dónde vivía.

Se detuvo, apoyado en un farol, y recapacitó. Cuando pasó un taxi lo llamó y le dio su dirección.

Con la ventanilla abierta, dejó que el aire frío de la noche despejara su turbio cerebro. Poco después se sintió mejor y capaz de razonar con sentido común.

Le habían expulsado. Eso era un hecho incuestionable.

Bien, no iba a acabarse el mundo por eso. Tenía infinidad de caminos donde elegir su futuro.

¿O no?

Lo dejó correr.

El taxista dijo:

—Hemos llegado, amigo.

Pagó y descendió a la acera. El edificio de apartamentos, en aquella tranquila calle de Nob Hill, se alzaba salpicado de ventanas iluminadas.

El taxi arrancó dejándole solo. Atravesó la acera, y estaba a mitad de camino de la entrada cuando una pistola comenzó a entonar su cántico de muerte.

Obrando por puro instinto, Jim se tiró de cabeza al suelo. Oyó el chasquido de las balas y pequeñas esquirlas de las baldosas le hirieron en la cara mientras rodaba locamente, buscando la protección de los coches aparcados.

Allí se detuvo, jadeando. Una bala chascó contra la carrocería con un aullido metálico.

Tanteó la portezuela y la encontró abierta. Se deslizó dentro del coche pegado a la alfombra. Buscó las llaves de contacto, pero lógicamente, no las encontró.

El cristal de la puerta trasera reventó bajo el impacto de un gran proyectil. Debían disparar con una 45, pensó.

Velozmente, rechinando los dientes, comenzó a preparar un «puente» con que establecer el contacto. Otros dos proyectiles hicieron migas otro cristal y aullaron al atravesar el vehículo por encima de su cabeza.

No sabía aún desde dónde le disparaban, pero de pronto el motor zumbó y entonces asomó un ojo. Vio al fogonazo en la ventanilla de un auto detenido al otro lado de la calle, y esta nueva bala no le arrancó la cabeza de milagro.

Giró todo el volante, impulsó una marcha y hundió el acelerador.

El coche saltó violentamente. El guardabarros delantero chocó contra el auto aparcado delante y lo hizo bambolearse. Luego salió disparado como un cohete, girando estrepitosamente por toda la calle.

El pistolero que disparaba desde el sedán negro comprendió demasiado tarde lo que se le venía encima. Se tiró de cabeza al volante y trató de escapar, pero entonces, las dos toneladas de metal del otro coche se estrellaron contra el suyo y ya no tuvo

oportunidad de huir.

El sedán fue arrojado de costado contra la acera. Sus ruedas pegaron en el bordillo y el enorme coche se levantó como un potro salvaje, para acabar estrellándose contra la pared con un ruido semejante al estallido de una bomba.

Jim Ridel sacudió la cabeza. Estaba aturdido, porque el choque le había estampado contra el salpicadero. Un hilillo de sangre se deslizaba por un costado de su cara.

Saltó del coche, de cuyo motor surgía un ruido angustioso, y corrió hacia el del asesino. Abrió la portezuela de un tirón y vio al hombre derribado sobre el asiento delantero.

Rechinando los dientes, le atrapó por los cabellos y tiró salvajemente.

El herido emitió un espeluznante alarido. Tenía las piernas atrapadas por los metales retorcidos.

Aún tenía la pistola junto a sí, una potente automática «Colt» 45 del ejército, pero ya ni recordaba eso.

Ridel dio otro bárbaro tirón. El hombre chilló más agudamente que antes y él se encontró con un puñado de cabellos en la mano.

Los arrojó a un lado y atrapó otro puñado, girándole la cabeza al tipo hasta que pudo verle la cara.

—Tú eres Grader —gruñó—. Heston Grader...

—¡Mis piernas..., un médico...!

—Lo que necesitas es un matasanos con una sierra. Vas a quedarte sin piernas, cerdo.

—¡Por piedad...!

—¿Quién te envió, Frank Droste?

—¡No diré nada...!

Jim Ridel dio un tirón. El espantoso alarido del herido ahogó el estrépito de los silbatos de los guardias que acudían desde todas las direcciones.

—¿Fue Frank, perro?

—¡Sí, sí...!

El hombre sollozó a punto de perder el conocimiento.

Dos guardias de uniforme llegaron trotando.

—¡Eh, usted! —chilló el más viejo—. ¡Apártese de ahí con las manos en alto!

Jim retrocedió, saliendo del coche. El guardia dio un respingo y

exclamó:

—¡Cuernos, teniente, no le había reconocido!

—Olvide el tratamiento.

—Bueno, ya sé a qué se refiere, pero para mí y los muchachos, usted sigue siendo el mejor policía que ha tenido esta podrida ciudad en muchos años.

—Gracias...

—¿Qué ha pasado?

Llegaban otros dos guardias, y a lo lejos berreaba una sirena. Muchos ciudadanos estaban congregándose también en las proximidades.

—Este tipo intentó asesinarme. Desperdió una enorme cantidad de plomo antes de que pudiera estamparlo contra la pared.

—¿Sabe quién es?

—Seguro. He visto su ficha tantas veces que podría recitarla de memoria. Se llama Heston Grader.

—¡Grader!

—Sí, ya sé que todos ustedes han oído su nombre. Ahora lo tienen ahí y dudo que escape esta vez. Tiene las piernas aplastadas.

El auto patrulla paró con un chillido de frenos. Los guardias luchaban para apartar a los curiosos.

El policía más viejo gruñó:

—Va a pasarlo usted muy mal de ahora en adelante, teniente...

—Ya lo sé.

—No será ésta la única vez que intentarán matarle. Ahora ya no es policía, y por si alguien podía dudarlo, los diarios vociferan la noticia como si fuera la declaración de la tercera guerra mundial.

—Tal vez cambie de aires.

—Eso sería bueno para su salud, teniente.

Éste hizo una mueca.

—Llámeme Ridel a secas o se verá en apuros.

—¡Oh, bueno, al diablo con eso!

Jim miró en torno. Los policías controlaban la situación. Dentro del coche, el pistolero estaba inconsciente.

—Tiene la pistola ahí dentro, en la alfombra —dijo, señalando la portezuela abierta—. Tenga cuidado con ella porque es el arma con que sembró de balas toda la calle.

—Me ocuparé de eso.

—Dícales a los oficiales, cuando lleguen, que me encontrarán arriba, en mi apartamento.

El guardia asintió y le siguió con la mirada, mientras atravesaba la calle.

Cuando Ridel abrió la puerta de su apartamento y encendió la luz, vio un abrigo de piel sobre una butaca y un bolso tirado en el suelo.

Suspiró y entonces se abrió la puerta del dormitorio, y una mujer apareció en el umbral.

Tenía una larga cabellera rubia que le acariciaba la espalda.

La cabellera era todo lo que llevaba sobre su delirante cuerpo desnudo.

CAPÍTULO II

—Oí los tiros —dijo la muchacha, avanzando hacia él sin inhibición alguna—. Desde la ventana, no pude ver más que dos coches haciéndose pedazos, pero imaginé que tú andarías metido en el lío... Tienes sangre en la cara.

—No es más que un rasguño.

Ella le rodeó el cuello con sus brazos tibios.

—Estuve esperándote, Jim... Cuando leí los diarios imaginé que te sentirías muy solo esta noche y vine.

El asintió. Incluyó la cabeza y besándola en la boca, apretó sus brazos en torno al bien construido cuerpo femenino y se sumergió en aquella caricia sin fin que ella le brindaba.

Con los labios cosquilleándole la boca, ella susurró:

—Ahora ya no eres polizante, querido, así que nada se interpone entre nosotros. ¿No te parece?

—Si había algo que se interpusiera, tú te lo quitaste en el dormitorio.

—Hablo en serio, bruto. Antes temías que tus jefes supieran lo nuestro. Ahora, ellos te han dado un puntapié, de modo que me propongo pasar más tiempo en este apartamento que en el mío.

—Espero que pagues la mitad del alquiler. Y ahora, ponte algo encima, y aprisa.

Ella le miró, indignada.

—¿Para qué? —protestó—. No quiero jugar al ama de casa, sino a otra cosa y tú lo sabes.

—Todo lo que sé, es que habrás de jugar ese jueguecito de que hablas con unos cuantos mirones alrededor en todo caso. Los policías están a punto de llegar.

Ella dio un respingo.

—¿Policías?

—Suelen meter la nariz allí donde suenan unos tiros.

—¡Maldita sea! Sales de una y te metes en otra...

—Yo sólo esquivé, nena. No pude devolver el plomo porque me obligaron a dejar el revólver en la Jefatura, junto con la chapa y todo lo demás.

—¡Puercos! —bufó la muchacha. La indignación hizo que su respiración se acelerase y eso aceleró también el palpitar vital de sus senos erguidos y firmes.

—No hables así de los guardianes de la ley, Bessy.

—¡Dejarte desarmado en estas circunstancias es invitar a todos los matarifes de la ciudad a que te maten!

—No tanto.

—¡Lo sabes tan bien como yo! ¿Qué crees que hará ahora el viejo Droste?

—Lo que ya hizo. Envío a uno de sus cazadores a por mi cabeza. Sólo que falló.

—¡Pero no fallarán siempre!

—Tampoco me encontrarán desarmado en otra ocasión. Y ahora, vístete antes de que...

No pudo terminar, porque unos recios golpes en la puerta arrancaron un grito de la muchacha, que echó a correr para encerrarse otra vez en el dormitorio.

El contempló el revuelo de aquel cuerpo dorado antes de que desapareciera y sonrió. Sus relaciones con esa muchacha habían empezado tempestuosamente, de un modo más bien violento. Luego, todo había cambiado hasta llegar a esa perfecta relación en que un hombre y una mujer alcanzan la plenitud sin falsos rubores, sin rutinarias promesas, sin lazos de ninguna clase, más que los afectivos.

Abrió la puerta y dio paso a los dos hombres que esperaban.

Jim Ridel dijo:

—Nos vemos antes de lo que imaginé, capitán.

—Vine en cuanto supe que estabas metido en esto.

—Yo no me metí en nada. Sólo esquivé plomo.

—Tenemos una versión de los guardias, pero ellos no estaban aquí cuando empezaron los tiros, así que cuéntanos lo que sucedió. Sin adornos, Ridel.

—Claro. Un escueto informe.

El otro policía esbozó una sonrisa.

—No puedes dar un paso sin meterte en jaleos por lo que veo.

—Y tú que lo digas, Bedrick.

Hizo un somero relato del atentado y de cómo se había librado de la muerte y terminó:

—Lamento haber destrozado un coche. Espero que su propietario estuviera al corriente del seguro...

—Eso va a estallar como una bomba, Ridel.

—No puedo evitarlo.

—Ese tipejo del coche perderá las dos piernas, según el médico. Aún están cortando el hierro con un soplete para librarlo de esa ratonera. Los periódicos pondrán el grito en el cielo.

Jim se encogió de hombros.

—No voy a dejarme matar solo para que los reporteros se den por satisfechos. Si me atacan, me defenderé, caiga quien caiga.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones? —sugirió el capitán Maloney, esperanzado.

—No soy un potentado. He de buscar trabajo, y pronto. El sueldo de un teniente de policía no es como para ahorrar mucho. Aunque eso —añadió, irónico—, usted lo sabe bien.

El teniente Bedrick gruñó:

—Supongo que no ignoras quién es el tipo aprisionado en ese auto...

—Grader. Si no está en la nómina del viejo Frank Droste, soy capaz de comerme el sombrero.

De pronto, algo cayó al suelo en el dormitorio, haciéndose añicos.

Los dos policías dieron un respingo. Bedrick tuvo la pistola empuñada en un santiamén y gruñó, agazapándose:

—¡Hay alguien ahí, Ridel! Apártate a un lado.

—Tómalo con calma. Es una chica.

—¿Qué chica?

—Se llama Bessy.

El capitán soltó un resoplido.

—Ya hubo un escándalo por culpa de esa mujer, Ridel. ¿Es que resulta tan difícil para ti vivir sin meterte en líos?

—Nadie va a dictarme cómo he de vivir.

La puerta se abrió lo justo para que Bessy dejara asomar su bonita cara.

—Lo siento..., rompí tu frasco de colonia, Jim...

—Olvidalo.

Ella acabó de salir. Se había enfundado en un vestido tan ajustado que resultaba tan revelador como su propia piel. Hasta un ciego se habría dado cuenta de que debajo no llevaba prenda alguna.

—¿Conoces al capitán Maloney, linda? Y éste es el teniente Bedrick.

—Les recuerdo muy bien. He pensado muchas veces en usted, capitán.

—¿De veras?

—¡Ajá! Me preguntaba una y otra vez cuándo se ahorcaría, ¿sabe?

Maloney se puso rojo.

Jim rió entre dientes.

—Cierra el pico, nena —aconsejó—. El capitán no tiene tu sentido del humor.

Maloney carraspeó, dominándose.

—Se hará un informe de lo sucedido, Ridel, y procuraré mantenerle al margen hasta donde me sea posible.

Dio media vuelta, abrió la puerta y salió bufando.

Bedrick sonrió.

—Apuesto que dentro de un mes padecerá úlcera de estómago... Ya nos veremos, Ridel.

Se fue tras su jefe y Jim cerró la puerta.

Desde la ventana distinguía el movimiento en torno al coche estrellado contra la pared, y el cegador reflejo del soplete con que cortaban el metal.

Cerró la ventana cuando retrocedió y fue a servirse un trago.

Bessy se le unió junto al diminuto bar.

—Prepara uno para mí. Después, tú y yo haremos algo para olvidar lo sucedido.

—¿Como qué, por ejemplo?

Ella tomó el vaso y rió silenciosamente.

—Si te lo dijera te sonrojarías. ¿Sabes una cosa, búho? En ciertos aspectos eres como un adolescente.

—Sólo que un poco más crecido, supongo.

Apuró el vaso de un trago. Ella bebió poco a poco, mirándole

risueña.

Cuando dejó el vaso se colgó de su cuello.

Al estrellar los labios contra la dura boca de él, fue como si iniciara un combate violento y apasionado, del que, con toda seguridad, deseaba salir vencida.

Al fin, él la levantó en brazos y echó a andar.

CAPÍTULO III

El timbre del teléfono le despertó bruscamente. Parpadeó y se incorporó en la cama.

A su lado, Bessy rebulló, murmurando algo en sueños.

Ridel saltó al suelo y fue a descolgar el auricular.

Una voz recia dijo:

—¡Jim! ¿Hablo con Jim Ridel?

—Seguro. ¿Qué pasa?

—Aquí George Holden.

—¿Holden?

—No me digas que te olvidaste de mí o habré de llamarte embustero. Nos vimos hace menos de un mes.

—No me olvidé. Sólo que me sorprende tu llamada, a menos que también desees darme el pésame.

Oyó la risa al otro extremo del hilo.

—Nada de pésame. Debiste abandonar la policía hace mucho tiempo, muchacho, como hice yo cuando comprendí que no había ningún porvenir.

—Bueno, ya me han echado para ahorrarme el trabajo de renunciar. Ahora, dime qué quieres, George. Estoy muerto de sueño.

—¿A estas horas?

—Dormí muy mal.

—Claro, los remordimientos.

—No. Una chica.

—¡Cuernos! Lamento haberte estropeado el despertar. Pero pensé que si estabas cesante quizá te interesaría ganar algún dinero.

—Me interesa. No tengo nada en perspectiva de momento.

—Puedo darte trabajo en mi agencia.

—No sé...

—De momento, sólo un par de horas, esta próxima noche. Doscientos dólares y un trabajo sencillo.

—¿Doscientos pavos por dos horas? George, esa agencia tuya debe ser una mina de oro.

—No siempre pagan esas sumas por tan poco tiempo, pero no voy a negar que es un buen negocio.

—¿Qué habría que hacer?

—Mejor será que vengas a mi despacho y hablamos. Mejor aún, llégate aquí al mediodía y comemos juntos. Imagino que para entonces, la chica de que hablaste te habrá dejado abandonado a tu suerte.

—Muy bien, George.

—Las doce y media será una buena hora.

Colgó, perplejo.

Doscientos dólares sólo por dos horas de trabajo era algo para tener muy en cuenta.

Se metió en la ducha, y estaba vistiéndose, cuando ella despertó con un largo suspiro.

—¿Qué pasó, búho? —Runruneó, desperezándose—. Creí oír un terremoto.

—Fue solo el teléfono.

—¿Quién prepara el café?

—Yo. Ya sabes que es mi especialidad.

—Eres un sol...

Poco después, Ridel llevó una taza de café humeante a la cama. La muchacha lo saboreó mirándole con sus ojos luminosos.

—¿Quién te llamó? No sería otra mujer, digo yo.

—Contigo tengo suficiente, gracias. Fue un tipo muy vivo, que en un tiempo estuvo conmigo, en la policía.

—¿También le echaron?

—No, se despidió él y montó una agencia de investigación privada. Parece que es un buen negocio.

—Podrías imitarle y serías rico.

—Nadie se hace millonario con una agencia privada, a menos de disponer de una fortuna con que montarla a lo grande.

—Algo habrás de hacer, digo yo.

—Lo pensaré.

—Mientras te decides, ven aquí.

—Ni hablar. Es muy tarde.

—Yo no trabajo hasta la noche, de modo que para mí es

temprano.

—Olvidalo.

Se inclinó sobre ella y la besó apretadamente. Bessy le rodeó el cuello con los brazos y durante unos instantes luchó para rendirle a sus caricias.

Al fin se dio por vencida.

—¡Lárgate al diablo, Jim Ridel! —dijo, deslizándose otra vez entre las sábanas—. Pienso quedarme todo el día en la cama.

—No esperes que te traiga la comida, nena, porque voy a estar fuera todo el día.

—Perfecto. A cualquier hora que regreses me encontrarás aquí, tal cual.

Dio media vuelta y con un runruneo de gata satisfecha, se dispuso a gozar un poco más de la cama.

Jim sacudió la cabeza y abandonó el apartamento.

En la calle quedaban los restos de los dos coches hechos pura chatarra, sobre todo el del pistolero. Los sopletes habían acabado de hacerlo pedazos.

Había unos cuantos mirones en torno y él pasó aprisa hacia la esquina, donde tomó un taxi y ordenó al chófer que le llevara a la Jefatura.

Debía ocuparse en primer lugar de su propia cabeza, antes de que alguien se la volara...

CAPÍTULO IV

El teniente Bedrick arrugó el ceño.

—No tienes remedio —gruñó—. Empiezo a pensar que el capitán tiene razón en lo de tomarte unas vacaciones.

—De momento, quiero asegurar mi propio pellejo.

—¿Hablando con ese buitre?

—Ni más ni menos.

—Podías haberlo pensado cuando todavía estabas aquí. Ahora, me metes a mí en un lío.

—No te echarán a puntapiés por pedir esa ficha.

—De acuerdo. Y cuando termines, lárgate y no vuelvas, por favor.

—Tu actitud demuestra que quien cree en la amistad es idiota...

Con un bufido, Bedrick descolgó el teléfono y habló con alguien a gritos.

Cinco minutos más tarde, un agente uniformado asomó la cabeza por la puerta del despacho. Entró y dejó una ficha policíaca sobre la mesa.

Jim la tomó y dándole la vuelta, consultó el dorso. Hizo una mueca y anotó una dirección.

Luego miró la fotografía del hombre que presidía la descripción. Era la cara de un individuo de unos cincuenta y cinco años o poco más, amazotada como si alguien hubiera puesto la carne a puñados sobre los huesos, amasándola después a golpes hasta formar una carátula de expresión inquietante y ojos crueles como el demonio.

—No es ninguna belleza, ¿eh, Bedrick? —comentó, dejándola encima de la mesa.

Atrapó la guía telefónica de calles y buscó la dirección que había anotado.

No la encontró. Era como si no existiera.

—Bueno, debe tener un teléfono de esos que no constan en la guía —gruñó.

Bedrick dijo:

—¿Por qué no vas a verlo personalmente?

—Iré cuando quiera suicidarme, gracias.

—Tienes miedo, viejo.

—Seguro.

—Si te sirve de consuelo, yo también lo tendría si estuviera en tu pellejo.

—No es ningún consuelo.

Se fue hacia la puerta, sombrío. Bedrick comentó antes de que saliera:

—Podrías probar con Kurt Russell...

—¿El picapleitos?

—Claro.

—No soltaría prenda. Es el abogado del viejo Droste y no su secretaria.

—Es algo más que eso, según cuentan. Es su mano derecha.

—Ya veo...

Volvió atrás y buscó en el otro listín. Marcó un número y esperó.

Una voz de mujer dijo que estaba en comunicación con el despacho del señor Russell.

—Quiero hablar personalmente con el abogado Russell, señorita.

—¿Su nombre, por favor?

—Jim Ridel.

—Aguarde un momento.

Esperó. Bedrick sacó tabaco y encendió dos cigarrillos. Le pasó uno y se arrellanó en su butaca, mirándole con sus ojos fríos y desapasionados.

Una voz sonora retumbó en su oído.

—¿Ridel? —Ladró la voz—. ¿El expolizante?

—Hola, picapleitos. Soy «ése» Ridel precisamente.

—¿Qué infiernos quiere?

—Tengo un recado muy importante para su amo, Russell, pero ignoro cuál es su teléfono privado. Sé su dirección, pero me pilla demasiado lejos, ya sabe.

—¿Y qué?

—Deme su teléfono y seguro que el gran bastardo le quedará

muy agradecido.

—¿De veras pretende usted hablar con él?

—Naturalmente.

Hubo un breve silencio. Le pareció como si al otro lado sonara una suerte de bufido.

—Muy bien, Ridel, voy a darle un número de teléfono. Pero si yo estuviera en su lugar, no perdería el tiempo charlando. Abordaría el primer avión que saliera para Europa.

—Si yo hubiera ganado tanto dinero sucio como usted, podría hacer un viaje a Europa de vez en cuando, picapleitos. ¿Qué hay de ese teléfono?

—Tome nota.

Lo apuntó y con un gruñido de despedida, colgó.

—Tenías razón —dijo—. El picapleitos ha sido razonable.

—Observé que no pronunciaste el nombre de Droste ni una sola vez.

—El me entendió perfectamente.

Bedrick se echó a reír.

—Por supuesto que te entendió, viejo...

Mateó el nuevo número y cuando le respondieron pidió:

—¿El señor Droste, por favor?

—Veré si puede atender el teléfono. ¿Quién le llama?

—Ridel.

—¡Quién!

—¡RIDEL!

Hubo un chasquido y pensó que habían cortado la comunicación. Esperó ante la risita burlona de su excamarada.

—Supongo que el tipo habrá saltado hasta el techo al oír tu nombre...

—Me pareció como si se ahogara.

Bruscamente, en su oído resonó una especie de ladrido.

—¡Hable!

—¿Droste?

—Me dicen que es usted Ridel...

—Sí.

—¡Puerco! ¿Qué quiere ahora?

—Escuche, Frank Droste, y no pierda ripio, porque no voy a repetir una palabra. Anoche envió a uno de sus cazadores de

cabezas contra mí. Era Heston Grader. Falló, pero de cualquier modo la cosa dejó mucho que desear desde mi punto de vista.

—¡Está loco!

—No lo repita, viejo cuervo, porque si cualquiera de sus hijos de perra a sueldo vuelve a interponerse en mi camino, le buscaré hasta en el infierno y le convertiré en unos zorros. Habrán de recogerle a usted con una pala, a pesar de todos los matones que tiene alrededor. Ahora ya lo sabe.

—¡Cierre la boca! ¿Qué está diciéndome de Grader?

Jim suspiró.

—Creía que tenía usted más redaños, por lo menos, los suficientes para reconocer que Grader estaba en su nómina. De todos modos, ya le he advertido. Déjeme en paz y usted vivirá también en paz. Decláreme la guerra y le enterrarán, Droste. Ahora ya no tengo las manos atadas por el reglamento de la policía.

Colgó de golpe y Bedrick soltó un rotundo juramento.

—Teniendo en cuenta que tú mataste a su hijo —gruñó, furioso—, lo que le has dicho es como para que te demande. Pero lo peor del asunto es que se lo hayas dicho desde mi despacho...

—Él no lo sabe.

—Lárgate al infierno de aquí, ¿quieres?

—Claro.

Jim se dirigió a la puerta y unos minutos después caminaba por la calle Clarke muy preocupado. Declararle la guerra al zar del crimen, como se conocía a Droste, era una acción desesperada. Pero si Droste imaginaba que le temía y que sólo con pensar en él se ponía a temblar, sería aún mucho peor.

Anduvo un rato y luego recordó dónde había dejado el coche la noche anterior y, llamando un taxi, se fue en su busca.

George Holden era un individuo alto, un tanto gordezuelo, pero cuyas ropas de buen corte disimulaban en lo posible su exceso de grasa. Tenía una cara permanentemente risueña y unos ojos duros e inquisitivos.

A través de la mesa del restaurante examinaba a su amigo de otros tiempos como si quisiera descubrir en él ocultas cicatrices.

—Imagino que te sientes derrotado —gruñó.

—No. Rabioso, sí. Derrotado no, George.

—Eso es un buen síntoma. Estuve pensando toda la mañana en ti

y tu problema.

—No vale la pena preocuparse. No hay ninguna mala situación que no pueda empeorar.

Holden se echó a reír.

—Tienes el tipo ideal —dijo de pronto—. Eres bien parecido dentro de lo que cabe, claro. Puedes vestir cualquier clase de ropa con soltura y moverte en todos los ambientes como el pez en el agua. Además, estás bien adiestrado...

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Vas a trabajar para mí, chico.

—Esta noche, ya lo dijiste por teléfono.

Holden sacudió la cabeza.

—Eso es un asunto aparte. De modo permanente, quiero decir. Si llegamos a un acuerdo, estaría dispuesto a cederte una parte de los beneficios...

—Eso me gustaría.

—La agencia es un buen negocio, Jim. Pero necesito a alguien como tú para acabar de ponerla en órbita. Tengo algunos tipos trabajando, claro, pero son pisaverdes salidos de la academia. Tienen un diploma y un saco de ideas equivocadas sobre la profesión. Hasta que las hayan digerido todas, convenciéndose de que no servían para nada, pasará cierto tiempo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—Veinte por ciento de beneficios, más un sueldo fijo.

—¿Como cuánto?

—Lo discutiremos con calma en mi oficina. Desde luego, bastante más de lo que ganabas en la policía.

—Trato hecho.

El camarero llegó y empezó a servirles lo que habían pedido. Durante un buen rato, Holden se ocupó exclusivamente de saborear la comida.

Luego gruñó:

—No tienes idea de la clase de trabajos que pasan por una agencia como la mía...

—Lo imagino. ¿Cuál es el de esta noche?

Holden levantó la mirada, clavándola en la cara de Ridel.

—Pagar a un chantajista.

—¿Cómo dices?

—Pagar a un hijo de perra, a cambio de unas fotografías y unos negativos. Desde luego, no entregarás un centavo sin antes haber comprobado todo el material. Diez negativos y diez fotografías.

—Eso es algo muy sucio, George.

—Es sólo un trabajo.

—¿Y hay doscientos pavos para mí sólo por hacer eso?

—Desde luego que sí.

—¿Por qué no encargas a cualquiera de los tipos que ya trabajan para ti? Te saldría mucho más barato.

—Quizá me saliera más caro. La mujer que me encargó este asunto me dijo todo lo que yo quise saber. Hay gente muy ruda metida en el negocio, según ella. Si encargara a un inexperto idealista y fracasara, todo el asunto estallaría como una bomba. Esa dama es «alguien» en la sociedad local, ¿comprendes?

Jim asintió con un gesto.

Holden sonrió con toda la boca.

—Pensé que si esos tipos eran realmente rudos, necesitaría a alguien más duro que ellos. Leí los periódicos y... bueno, la cosa estaba hecha a tu medida.

—Cuando hablas de gente ruda y todo eso, ¿te refieres a tipos con pistolas, por ejemplo?

—No creo que utilicen armas. Sus armas son realmente las fotografías.

—Pero no estás seguro.

—En este negocio, uno nunca está seguro de nada. Pero te repito que, personalmente, no creo que empleen armas. Amenazas, brusquedades y cosas así, está bien. Necesitan impresionar a sus víctimas. Pero un chantajista no mata, Jim. Es sólo una rata cobarde. Por lo general, en negocios de chantaje, si alguien muere es casi siempre el chantajista.

—De acuerdo. Lo haré.

—Cambiemos de tema. ¿Qué pasó realmente para que mataras a aquel escorpión degenerado?

—¿Tony Droste? Casi puede decirse que se mató él solo.

—¿Fue como lo cuentan en los periódicos o no?

—La versión de los reporteros es un tanto arreglada. Por ejemplo, ellos no creen que Tony Droste disparase primero contra

mí, y sin embargo, fue así como sucedió. Disparó tres veces. Yo sólo una.

—Y le volaste la cabeza.

—Aquí, entre nosotros, George, te diré que no me arrepiento en absoluto. Es más..., casi le pedí a gritos que disparase.

—Querías matarle...

—Sí.

Holden le observó ceñudo, con una lucecilla astuta en sus ojos fríos.

—Le habías detenido otras dos veces, en un año —murmuró.

—Sí. Había violado a una serie de muchachas, una de ellas, una colegiala de catorce años. Sabíamos que la mayoría de delitos en la zona del puerto eran cosa suya y de los tres o cuatro bastardos que le secundaban. Sin embargo, nunca conseguimos probarle nada... La única chica que se prestó a declarar fue esa niña de catorce años, pero cuando llegó el momento, sus padres se lo prohibieron. Ya puedes imaginar bajo qué clase de presiones. También fue él quien asesinó a un viejo guardia del muelle..., un hombre de sesenta y tres años. Tampoco pudo probarsele nada, porque el viejo mencionó el nombre de Tony Droste a un compañero antes de expirar, pero como no hubo corroboración, no sirvió de nada. Y así hasta ciento, George... La sombra protectora de su padre le sacaba de todos los apuros.

—Menos del último.

—De ése, George, ni el propio Satanás hubiera podido salvarlo.

—Pero te costó el puesto.

—No me quejo.

—Podías suponer de antemano que sucedería eso. Era el tercer pistolero que matabas, Jim. Los reporteros te llaman Cazalobos Ridel, y las gentes se estremecen cuando leen tus hazañas a la hora del desayuno.

—Eso no me quita el sueño.

—No supieron ver la clase de policía que había en ti, muchacho. Las cosas son así y no hay que darle vueltas. En todo caso, yo he salido ganando.

—Espero que dentro de un tiempo, yo pueda decir lo mismo.

—Seguro que podrás decirlo. ¿Pedimos café?

Holden llamó al camarero.

Ridel se echó atrás en el asiento. Pensó que era una manera cómoda de empezar una nueva vida.

Lo único un tanto problemático era que esa vida fuera lo bastante larga para disfrutarla.

CAPÍTULO V

El coche negro estaba parado junto a la esquina de las dos tranquilas calles. Jim Ridel lo miró con cierta aprensión desde el suyo, cuando pasó despacio por su lado. Dobló la esquina tratando de comprender qué era lo que no le gustaba de aquella manera de resolver el negocio.

Detuvo el coche y se apeó. Luego lo pensó mejor y volvió a poner en marcha el motor, dejándolo runruneando suavemente, aunque con las luces apagadas.

Sólo entonces caminó hacia la esquina donde esperaba el auto del chantajista.

Cuando llegó, vio que era un sedán casi nuevo. Las placas de matrícula estaban embadurnadas con barro, de modo que era imposible ver los números y las siglas.

Tal vez fuera, además, un coche robado.

Distinguió la negra silueta de un hombre sentado ante el volante.

Se detuvo junto a la portezuela y dijo:

—Traigo el dinero. Me envía Jean.

—Deme la cartera —replicó el tipo del coche.

—Olvidelo. Quiero ver la mercancía primero.

—Le entregaré el sobre cuando tenga el dinero.

—Váyase al infierno.

Jim dio media vuelta y empezó a alejarse del coche.

De un portal salió un tipo con una pistola en la mano.

—Párese ahí, tipo listo —ordenó el aparecido.

Ridel se detuvo. Vio que la pistola estaba equipada con silenciador. Empezó a pensar que éste era un chantajista muy raro.

—No verán un solo dólar si no veo las fotos primero —advirtió con calma.

—Retroceda hacia el coche. Camine de espaldas, despacio.

Obedeció cautelosamente. Estuvo al lado del coche en unos segundos.

A su espalda oyó abrirse la portezuela. El otro estaba saliendo del auto.

Se volvió como un rayo y cerró la portezuela con todas sus fuerzas. Sonó un tremendo grito cuando el forajido del coche se sintió aplastado. La portezuela le pilló la cabeza y casi se la hizo pedazos.

El otro apretó el gatillo. Sonó un sordo chasquido y la bala zumbó antes de hacer polvo un cristal.

Jim giró vertiginosamente. Arrojó la cartera con todas sus energías, al tiempo que se dejaba caer al suelo.

El pistolero aún disparó otra vez, antes de que la cartera repleta de billetes le diera en la cara, tirándole de espaldas.

Fue a levantarse rugiendo maldiciones. Se encontró con un zapato en la cara y dentro de su boca empezaron a bailar los dientes.

Giró, y otro puntapié le incrustó la nariz en la nuca.

Se llevó las manos a la cara, aullando. Jim Ridel se inclinó y atrapó la pistola que el otro había dejado caer.

El del coche, aturdido aún, logró salir y él también tenía un arma en la mano.

—¡Suelta ese revólver! —ordenó Ridel secamente.

El tipo le miró con ojos turbios. Apretó el gatillo y una bala peinó los cabellos del expolicía.

Jim disparó a su vez. Dos tiros, para estar seguro de que el otro no le volaría la cabeza.

No se la voló, pero la suya sí saltó en pedazos desparramándose por toda la carrocería.

Jim miró en torno. El pistolero gimoteaba aún en el suelo. Le sacudió un culatazo y dejó de quejarse.

Ridel se metió la pistola en el cinturón, tomó la cartera con el dinero y la apartó del inconsciente chantajista para evitar que se manchase de sangre.

Luego le registró. Encontró un sobre de papel grueso y lo abrió. Había diez fotografías, pero ningún negativo.

No perdió tiempo examinándolas. Sólo se fue a registrar al otro, pero tampoco encontró los negativos.

Titubeó, rechinando los dientes... Había vuelto a matar a un criminal, y en esta ocasión, ya no tenía con él la credencial de policía. La cosa podía costarle muy cara.

Afortunadamente, las pistolas estaban equipadas con silenciadores, pensó, de modo que nadie había oído los tiros.

Entró en el coche y registró la guantera y las bolsas de las puertas.

Los negativos de las fotos no aparecieron.

Corrió al fin hacia su coche y se alejó de aquellos parajes a toda velocidad.

George Holden le escuchó con una profunda arruga partiéndole la frente.

—Por alguna extraña razón —gruñó cuando Jim hubo relatado su aventura—, siempre supe que había gato encerrado en este asunto.

—Pues acertaste. ¿Qué va a pasar ahora?

—Maldito si lo sé. Pero si te refieres a esos dos monos que tumbaste, no necesitas preocuparte. Nadie sabrá que fuiste a entregarles ese dinero.

Jim señaló la cartera sobre la mesa.

—Esos cien mil dólares también me preocupan.

—¿Por qué razón?

—La dama que te los entregó sabe que debías llevarlos a esa esquina, ¿no es cierto?

—No. Ella sabía que debía pagar. Les dio un número de teléfono fuera de su casa para que pudieran dictar sus instrucciones sin riesgo para ella. Sin que nadie en su casa pudiera oírlo, ¿entiendes? Bueno, yo atendí la llamada de los chantajistas y recibí las instrucciones para la entrega del dinero.

—Ya veo.

—De modo que deja de preocuparte. No pudiste hacer otra cosa, excepto matar a ese puerco. O él o tú.

—Ya lo sé, pero no me gusta.

—Dame las fotografías. Ahora veremos cómo reacciona el tipo que dejaste inconsciente.

—No había negativos en ninguna parte. Registré incluso el coche.

—Estoy seguro de que hiciste un gran trabajo. Acerté al

encargarte este asunto, porque si se lo hubiese encomendado a cualquiera de mis inexpertos aprendices, ahora los bastardos del coche tendrían cien mil dólares y conservarían los negativos para repetir el golpe.

Ridel sacó el sobre con las fotografías. Holden alargó la mano, pero Jim sacó las fotos y las examinó.

Silbó entre dientes.

Eran fotografías obscenas en todos los sentidos.

Habían sido tomadas con todo cuidado para que sólo se viera la cara de la mujer. Una mujer hermosa, con una belleza madura, soberbia.

Del hombre se veía lo necesario para completar las sucias escenas, pero nunca el rostro. Era un individuo joven, bien musculado, con un cabello largo y cuidado.

Holden gruñó:

—No me gusta que las hayas visto, Jim.

—¿Y qué importa? No sé siquiera quién es esa dama.

Iba a entregarle las fotos al que ya era su jefe, cuando se fijó mejor en una de ellas.

En ésa, el hombre tenía los cabellos un tanto revueltos y mostraba su oreja izquierda.

Sólo que no era una oreja entera, sino la mitad de ella.

Tiró las fotos sobre la mesa y masculló:

—Le pedirán dinero otra vez, seguro. Posiblemente, aumentarán la cifra... y exigirán que sea ella quien entregue el dinero, para evitar otro descalabro.

—Veremos. ¿Sigues interesado en asociarte conmigo en las condiciones de que hablamos?

—Por supuesto.

—Muy bien. Mi abogado se ocupará de redactar un contrato legal.

Jim alargó la mano abierta.

—Éste es el mejor contrato entre tú y yo, George.

Holden se levantó y estrechó su mano. Por un instante pareció incluso desconcertado. Luego murmuró:

—Por mi parte, nunca lo romperé, muchacho.

Sacudió la mano de Ridel y luego se dirigió a la caja acorazada empotrada en la pared. Guardó la cartera y las fotos y sacó algún

dinero.

—Aquí tienes, los doscientos del trabajo de esta noche. Si necesitas un anticipo, pídelo.

—Gracias, no estoy tan arruinado todavía. Nos veremos mañana, George.

Se fue a la calle rechinando los dientes. Necesitaba serenarse, pensar con calma y asimilar la atroz idea de que otro hombre había muerto por su mano.

Caminó hacia su coche y condujo sin prisas, preocupado y ceñudo, hacia su apartamento.

Pensaba en Bessy también, y en que sería interesante tener una parrafada con ella sobre este lío de las fotografías, entre otras razones porque estaba casi seguro de saber quién era el tipo bien musculado que aparecía en las fotos.

Aquella media oreja izquierda era una marca de identificación casi tan segura como las huellas dactilares.

Subió al apartamento y abrió la puerta. Era muy tarde ya para que Bessy aún estuviera esperándole.

Encendió la luz y la vio.

Le había esperado, desde luego.

Pero muerta.

CAPÍTULO VI

Se quedó mirándola mucho tiempo, tan inmóvil como el cadáver.

La muchacha tenía un orificio en la frente, y la bala, al salir por la nuca, se había llevado la mitad del cráneo por delante.

Los ojos desorbitados de Bessy parecían mirar un panorama de pesadilla, como si en el último instante de su vida hubiera tenido el privilegio de contemplar el mismísimo infierno.

Al fin, Ridel dejó escapar el aire retenido en sus pulmones y produjo un sonido silbante, como el de una caldera a presión.

Sentía el tumulto del dolor y la ira agarrarle el corazón, una garra salvaje que estrujara sus pulmones y le ahogara.

Cuando consiguió moverse, se inclinó sobre aquel cuerpo que tantas veces había amado y miró de más cerca el orificio de entrada de la bala. Seguramente, le habían disparado con una 38.

Se apartó de ella y acercándose donde estaban los licores, llenó un vaso con *whisky* y empezó a beberlo a grandes sorbos.

El ardor del alcohol le hizo reaccionar, pero no calmó ni el dolor ni la cólera que le dominaban. Con un gesto maquinal, descolgó el teléfono y discó el número de la policía.

—Quiero hablar con el teniente Bedrick —dijo cuando obtuvo comunicación.

Bedrick tardó un poco en estar al aparato. Su voz sonó malhumorada, como siempre que le tocaba el turno nocturno.

—¿Bedrick? —dijo Jim—. Aquí Ridel.

—¿En qué nuevo lío te has metido?

—Acabo de llegar a casa y he encontrado a Bessy muerta.

—¿Bessy? Supongo que te refieres a la chica que vimos...

—Sí.

—Dices que está muerta...

—Le han pegado un tiro en la cabeza.

Oyó una suerte de bufido al otro extremo del hilo.

—Muchacho —barbotó Bedrick—. Yo no daría un níquel por tu pescuezo. Entre unas cosas y otras vas a conseguir que te envíen a San Quintín...

—No te he llamado para oír tus agudos comentarios.

—Ya sé. Bueno, chico, haré lo posible para que no haya publicidad. No te muevas de ahí.

Jim colgó y encendiendo un cigarrillo, fue a sentarse en una butaca, llevándose el vaso con él.

Todo el tiempo que pasó antes de que llegaran los policías, estuvo reflexionando profundamente sobre ese absurdo e inútil crimen. Era una cosa sin sentido, a menos que el asesino de la muchacha hubiera llegado al apartamento para matarle a él, y al no encontrarlo pensara que matando a Bessy le produciría casi más dolor que si le metiera el balazo a él en persona.

Y había acertado en ese aspecto.

Llamaron y abrió la puerta con gestos rígidos.

Bedrick entró y se quedó mirando el cuerpo. Con él, llegaron tres peritos del Departamento de Homicidios.

—Bueno, eso no podrá ocultarse mucho tiempo, Ridel, y tú lo sabes.

—Guárdalo lo suficiente para que no alcance las ediciones de mañana.

—Lo intentaré.

Los peritos empezaron su rutinario trabajo. Jim fue al aparador y preparó vasos para todos. Ofreció uno a Bedrick y él bebió la mitad del suyo.

Luego, su excamarada gruñó:

—Vayamos al grano. ¿Por qué supones que la han matado?

—Para herirme a mí. No puede ser de otro modo.

—Pero ¿quién?

—¿Necesitas que te diga un nombre? Frank Droste.

—Espacio, Ridel. Sólo con tu opinión, no vamos a ninguna parte.

—Ni lo necesito. Ahora es cosa mía. Le advertí. Él me ha declarado la guerra.

Bedrick sacudió la cabeza.

—Acósalo, y nos ordenarán cazarte a sangre y fuego.

—Eso no le servirá de nada a Droste cuando esté enterrado.

—Mira, muchacho; tú crees que ha sido Droste. Muy bien, es una idea tan buena como cualquier otra, pero no una prueba. Ni la sombra de una prueba. ¿No pudo ser otro cualquiera? Durante estos últimos años fuiste el causante de una serie de acciones brillantes que acabaron con un montón de tipos en la cárcel, y dos en el cementerio, sin contar al hijo del viejo Droste. Cualquiera de esos que enviaste a pudrirse en un penal pudo haber venido aquí a por el clásico ajuste de cuentas.

—Ha sido Droste y no cabe darle vueltas.

Bedrick se llevó las manos a la cabeza.

—Esta ciudad va a estallar en el momento menos pensado. Esta noche, alguien ha despachado a dos tipos de la plantilla del viejo buitre.

—¿Qué?

—En una esquina cualquiera. A uno le volaron los sesos. Al otro le metieron un plomo en el corazón, después de aplastarle la cara a puntapiés.

Jim sintió que le temblaban las rodillas.

—Y eran hombres de Droste, ¿estás seguro?

—Sin la menor sombra de duda. Llegaron allí en un sedán negro, robado. Le embadurnaron las placas de la matrícula con barro, lo que indica que cualquier cosa que fuera que se proponían, era delictiva.

—¿Y les mataron a los dos?

—Ya te lo he dicho. Una cabeza hecha puré, y el otro con un plomo en el carburador. A este paso, Droste habrá de reclutar nuevas fuerzas, si quiere seguir bien custodiado.

Ridel ya no le escuchaba. Él había dejado a uno de los dos pistoleros, el de la cara aplastada, completamente vivo. Luego, alguien le había metido una bala en el corazón.

Se estremeció.

Bedrick dio un gruñido y sus hombres tomaron los vasos que Ridel había preparado.

Uno de ellos comentó:

—No hubo pelea alguna, teniente. No hay señales de violencia en la piel de esa mujer, ni arañazos, nada. Sólo le acercaron la pistola a la cabeza y apretaron el gatillo.

—Son buenos profesionales esos tipos, seguro. Busquen la bala. No puede estar muy lejos del cuerpo.

Cuando la encontraron, Bedrick la examinó. Se había empotrado en la madera de una estantería, después de atravesar la cabeza de la muchacha.

—De una 38, seguro —gruñó—. Habrá que apurar a los de balística para que traten de seguir la pista del arma que la disparó.

Jim se apartó de los policías, quedándose apoyado en la pared, al lado del ventanal que daba a la calle.

Desde allí, contempló el mar de luces que se desparramaba cuesta abajo, hasta la bahía, y allá al fondo, la guirnalda de luces del Golden Gate, reflejándose en las negras aguas, más oscuras que la misma noche.

De pronto se enderezó y fue hacia Bedrick.

—No puedo pasar la noche aquí, con toda esa sangre, y los recuerdos... Me inscribiré en cualquier hotel, Bedrick.

—Es lógico.

—Te veré mañana.

—¡Espera un minuto! Voy a necesitarte para la declaración y toda esa rutina.

—Iré a tu despacho.

Salió antes de que el policía empezara a sospechar que no era precisamente a un hotel donde pensaba dirigirse.

No hubiera podido decirle que su destino era otra mujer, tan espectacular como la misma Bessy...

CAPÍTULO VII

Patsy Joyce era una de esas mujeres que, incluso sin proponérselo, hacen que los hombres se encalabren, y las otras mujeres se muerdan los puños de despecho.

Uno pensaba que cuando la fabricaron, hicieron un molde para ella sola, destruyéndolo después. Sin ninguna duda, fue un molde generoso tanto por arriba como por abajo. Luego, ella se encargó de que todo cuanto tenía, que no era poco, sobresaliera lo suficiente como para que nadie pudiera dudar de sus atributos.

Para colmo, la naturaleza la había dotado con una abundante cabellera roja como una llama, y cuando danzaba en el club donde actuaba, aquellos cabellos rojos adquirían un movimiento suave y unos reflejos semejantes a los de un fuego vivo.

Aún resonaban en sus oídos los aplausos, los silbidos, los aullidos de toda aquella fauna que pagaba por verla desvestirse mientras danzaba, cuando llegó al apartamento. Se sentía cansada, y en cuanto a los aplausos y todo lo demás, la dejaban más fría que un témpano.

Abrió la puerta y entró, cerrando a sus espaldas. Se preguntó si su compañera de apartamento habría llegado ya.

Hizo una mueca al pensar en ella. Aquella tonta había perdido la brújula por un tipo, y eso era algo que las mujeres como ella no podían hacer en todos los días de su vida. Era la peor catástrofe que podía sucederles.

Encendió las luces y fue a dar un vistazo al cuarto de Bessy.

No estaba. Y la cama no había sido tocada desde hacía dos noches por lo menos. Soltó un gruñido despectivo y quitándose el vestido mientras andaba, se dirigió a su propio dormitorio.

Encendió la luz y tiró el vestido sobre la cama. Quedó solo con un sujetador martirizado por la pujante vitalidad de sus pechos y una braga de encajes tan grande como un sello de correos.

Justo en aquel instante descubrió al hombre sentado en la butaca del rincón.

Contuvo el aliento. La ira burbujeó en su mirada.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? —barbotó.

—Estuve esperándote.

—Eso ya lo veo. ¡Largo! Salga o llamo a la policía.

—A ti nunca te han gustado los tratos con la policía. Deberías acordarte de mí, nena.

Ella le examinó con más atención. Algo de aquel rostro le resultó familiar.

—Tal vez nos hayamos conocido —murmuró—. Pero eso no cambia nada. ¡Fuera de aquí!

—Acaba de desnudarte, preciosa.

Ella boqueó llena de cólera.

—¡Maldita sea! —bufó—. ¡Se la va a ganar...!

—Mil dólares es lo que estás a punto de perderte si insistes.

—¿Mil dólares sólo para verme desnuda?

El sacudió la cabeza.

—Oh, no..., no sólo por eso, naturalmente. En el *cabaret* donde actúas, podría verte solo por el importe de una consumición. Quiero algo más de ti.

—Ya veo...

—Aunque yo no sea un tipo de galán de cine, mil dólares pueden hacer que me mires con buenos ojos.

Ella suspiró.

—Está bien...

Acabó de quitarse lo poco que llevaba y él se levantó.

—Ven —dijo.

Su respiración se había acelerado. Ella se le acercó indiferente. Se proponía acabar pronto y echarlo a patadas en cuanto tuviera el dinero en su poder.

Se pegó a él, levantó los brazos y los enroscó detrás de su grueso cuello.

—Me portaré bien contigo —runruneó—. No recuerdo cómo nos conocimos..., pero eso no importa ahora. Vamos a pasarlo muy bien.

—Claro que sí...

La besó. Dadas las circunstancias, Patsy hizo un buen trabajo

con aquel beso. Un trabajo auténticamente profesional. Cualquier hombre hubiera saltado bajo su llameante impacto.

El que estaba entre sus brazos no saltó. Sólo aceleró el ritmo de su respiración.

Luego, algo frío se apoyó en el estómago de la muchacha. Fue un contacto extraño que la intrigó, pero antes de que pudiera averiguar de qué se trataba, sonó una especie de taponazo y el infierno ardió en sus entrañas, como un zarpazo que la desgarrara.

Se echó atrás con un dolor infinito, boqueando. Su mirada desorbitada vio la satánica expresión del hombre, y la pistola que empuñaba.

—¿Por... por qué...? —jadeó.

Nunca oyó la respuesta. Tal vez porque él no respondió, o quizá porque cayó primero de rodillas, incapaz de pensar, de hablar; ni siquiera podía respirar a causa del dolor que la desgarraba.

Al fin cayó de bruces, estremecida por los espasmos del espantoso dolor. Él se inclinó, bajó el cañón de la pistola y casi apoyándolo contra la nuca de la muchacha, disparó otra vez.

La pistola llevaba un eficaz silenciador, de modo que todo fue hecho en silencio. El hombre retrocedió y apagó la luz.

Igualmente, apagó las luces de la entrada y abriendo la puerta, atisbó el pasillo.

No había nadie. Guardó la pistola en el cinturón, salió y cerró la puerta.

Cuando se alejaba hacia las escaleras, el ascensor llegó al rellano y sus puertas automáticas se deslizaron, dejando salir a una joven cimbreada.

La recién llegada miró arriba y abajo. Aún distinguió al hombre apresurado que en aquel instante desaparecía escaleras abajo. Luego, examinó las puertas hasta encontrar la que buscaba.

La de Patsy.

Oyó cómo a sus espaldas se cerraban las puertas del ascensor. Llamó y esperó.

Nadie acudió a abrir.

Volvió a llamar, impaciente.

El ascensor funcionaba de nuevo. Oyó el leve zumbido mientras esperaba, intrigada porque el conserje del edificio le había dicho que Patsy Joyce estaba en su apartamento.

El ascensor llegó y se abrieron las puertas. Ella dio un vistazo por encima de su hombro y vio salir a un hombre alto, de movimientos elásticos como los de un puma. Era un perfecto desconocido para ella, sin embargo, pensó que había visto aquella cara en alguna parte.

El recién llegado se acercó a donde ella estaba.

—¿Ha llamado? —preguntó, señalando la puerta.

—Sí..., pero no responde.

Jim Ridel se encogió de hombros.

—Tal vez no ha llegado todavía. Trabaja hasta muy tarde.

—El conserje dijo que acababa de llegar.

Ridel arrugó el ceño.

—¿Es usted amiga de Patsy?

—No..., sólo tengo un recado para ella... Me llamo Helen Moore.

—Yo, Jim Ridel. Déjeme probar...

Llamó a la puerta con los nudillos. Luego pulsó el timbre.

De pronto, Helen exclamó:

—¡Ridel!

—¿Ya recuerda?

—Lo vi en los diarios..., usted..., usted...

—El polizone expulsado y todo eso. No se preocupe, de cualquier modo que lo diga, suena mal.

—Lo siento. No quise ofenderle.

—No puede ofenderme aunque se lo proponga. ¿Está segura que el portero dijo que Patsy había llegado?

—Sí. Él dijo que hacía sólo unos minutos.

—Eso no me gusta. ¿Qué clase de recado tiene usted para ella?

—Lo siento, pero es confidencial. Sólo puedo decirle que procede de su hermana.

—¿Una hermana de Patsy?

—Claro. ¿Qué le sorprende, no puede tener cualquiera una hermana?

—Por supuesto, sólo que yo lo ignoraba, y se supone que yo debería saber cosas como ésta. Apártese un poco.

—¿Qué...?

El retrocedió un paso, tomó impulso y se lanzó contra la puerta.

La cerradura crujió. Entonces descargó un tremendo puntapié a

media altura y la puerta se abrió de golpe ante la alarmada muchacha.

—Quédese aquí —gruñó Jim, colándose en la oscuridad.

—¡Oiga, no tiene derecho...!

—¡Cállese! ¿No huele eso?

—¿Qué?

El tanteó la pared hasta que brilló la luz. Miró en torno, y Helen descubrió entonces la extraña pistola que él tenía en la mano.

—Pólvora —susurró Jim, rechinando los dientes—. Y sangre...

—¿Dónde?

Ella empezó a temblar.

El parecía una bestia al acecho, medio agazapado, moviendo la pistola en círculo a medida que deslizaba la mirada en torno a él.

—Salga —musitó—. Puede que haya tiros y no quiero que la hieran.

—¿Cómo...?

Pero retrocedió. No sabía si sentía tanto miedo por la posibilidad de que sonaran tiros, o por la salvaje actitud de aquel hombre agazapado, mirando en torno con aquellos ojos que de pronto se habían convertido en dos pedazos de acero gris y frío.

Tan silencioso como una sombra, él se deslizó hacia una de las puertas. La abrió de un empujón y se quedó pegado a la pared, a un lado del hueco.

Después, con un salto increíble, Ridel voló hacia dentro de aquel cuarto oscuro como la tinta.

Helen contuvo el aliento hasta que vio encenderse aquella luz. Jim apareció tan silencioso como antes.

—¿Cree que..., que hay alguien? —jadeó la muchacha.

—Se ha disparado un arma aquí. Huelo la pólvora. Y la sangre...

—La sangre no huele. ¿Qué le pasa, quiere impresionarme?

—¡Me importa un bledo que se impresione o no! Pero la sangre huele, hermana. A cobre recién cortado..., un olor metálico, un olor como no hay otro...

Abrió bruscamente otra puerta y repitió el mismo juego. Se pegó a un lado, esperando. Luego, se zambulló en la oscuridad.

Igual que antes, al fin se encendió la luz.

Sólo que ahora él, no reapareció.

Tras unos instantes de incertidumbre, Helen se decidió a

levantar la voz.

—¡Ridel! —balbució—. ¿Qué sucede?

—No entre. Quédese donde está.

Helen estaba demasiado nerviosa. Avanzó apresurada hacia aquel cuarto iluminado.

Vio a Ridel inmóvil, como una estatua. Vio a la muchacha desnuda caída en el suelo y vio todo aquel mar de sangre...

Lanzó un chillido y retrocedió a trompicones.

El salió rezongando.

—Le dije que se quedase quieta.

—No..., no pude evitarlo. ¿Es Patsy?

—Sí..., no hace más de cinco minutos que la han matado. Usted debe haberse cruzado con el asesino al llegar.

—No..., no creo... Sólo vi un hombre dirigirse a las escaleras, pero no me fijé en él.

—¿No podría describirlo?

—Imposible. Sólo sé que era alto y corpulento.

—¿Cómo vestía?

—Un traje marrón.

—¿Llevaba sombrero?

—No...

—¿De qué color eran sus cabellos?

—No me fijé...

—¿Negros, castaños, grises?

—¡Es inútil! Ya le digo que no lo sé.

El suspiró, tratando de relajarse.

—Disculpe —gruñó—. No puedo olvidar mis modales de polizonte.

—Es horrible.

—¿Mis modales?

—Lo sucedido. ¿Es que no tiene usted sentimientos?

—He visto a otra mujer muerta esta noche, y aquélla significaba mucho para mí. Digamos que estoy... inmunizado. Y ahora, salgamos de aquí, si nadie oyó el estrépito que hice al abrir la puerta.

—¿No va a llamar a la policía?

Él la miró. Helen sintió un escalofrío ante aquella mirada sombría, aquella expresión salvaje en un rostro que de repente

parecía haber sido cincelado en un bloque de dura roca.

Él luchó por dominarse. Cuando habló, su voz aún resultaba un poco tensa.

—Si ha leído los periódicos ya sabe la fama que me han endosado. Los reporteros esperan al acecho que cometa cualquier torpeza para caerme encima. No, no voy a llamar a la policía en esta ocasión, a menos que sea total y absolutamente necesario.

—Comprendo.

El asomó la cabeza al pasillo. Todo estaba tranquilo.

Apagó las luces y llevó a la muchacha hacia las escaleras.

No cambiaron una palabra hasta haberse alejado un buen trecho del edificio.

Jim señaló un bar y entraron, yendo a sentarse en un diminuto reservado.

—¿Qué quieres beber?

—*Whisky* —susurró la joven—. Necesito un estimulante.

Él fue al mostrador y regresó con dos vasos en los que navegaban unos cubitos de hielo.

Cuando hubieron bebido, Ridel dijo:

—El tipo se mueve muy aprisa, teniendo en cuenta que ya había matado a otra chica en mi propio apartamento.

—¿Sabe por qué...?

—Si supiera por qué las ha matado, sabría también la identidad de esa bestia salvaje.

—No sé cómo podré decirle a la hermana de esa pobre mujer que la han asesinado...

—Hábleme de ese recado suyo.

—No puedo. Ella confió en mí.

—¿Por qué no se lo trajo la hermana, personalmente?

—Porque está en el hospital, muy grave. Soy enfermera, ¿sabe?

—Entiendo. ¿Qué enfermedad padece?

—Ninguna enfermedad. La golpearon.

El dio un respingo.

Helen desvió la mirada y añadió:

—Le juro que en mi vida había visto una bestialidad semejante... No creo que consiga sobrevivir.

—Si le dice que su hermana ha muerto a tiros, no lo resistirá.

—Eso me temo. Quizá fuera preferible ocultárselo.

—Eso debe decidirlo usted, Helen.

Jim se recostó en el asiento y encendió un cigarrillo después de que ella rechazó el que le ofrecía.

Estuvo mirándola irnos instantes. Helen era una mujer de una belleza serena, sin estridencias, pero que le inquietaba a uno por su aparente lejanía. Llevaba unas ropas severas que no la ayudaban a destacar las sugestivas curvas de su cuerpo, sin embargo, estaban allí, pletóricas y firmes.

—¿Es usted casada? —le espetó de pronto.

—¿Cómo?

—Casada.

—No. ¿Qué le hace pensar...?

—¿Divorciada, entonces?

—Soltera.

—Algo debe haber pasado con usted para haberla despersonalizado hasta ese extremo.

—¿Tanto se me nota?

—Bastante, si uno sabe cómo observar.

—Y usted lo sabe, por supuesto.

—Fui policía.

—Bueno, no hay ningún misterio en mí. Únicamente, que dediqué mi vida a mi profesión, eso es todo. Una dedicación completa.

—No la creo. He visto muchas enfermeras que sienten auténtica vocación. Pero cuando salen del hospital son mujeres vivaces, apasionadas, llenas de ansias de vivir y de gozar.

—¿Y yo?

—Usted oculta la belleza de su cuerpo, desdibuja incluso su bonita cara. Eso sólo puede obedecer a alguna razón muy concreta.

—Si pretende hacerme un psicoanálisis, déjeme decirle que no hubo traumas en mi infancia. Freud perdería el tiempo conmigo.

—Entonces, los traumas se produjeron cuando ya era mayor. Ella desvió la mirada.

—No quiero seguir hablando de eso —murmuró—. He de irme.

—¿Cuándo puedo volver a verla?

—¿Para qué?

—Somos cómplices. Hemos ocultado informes a la policía, ¿sabe? Eso es un delito.

—No trate de asustarme, Ridel. Ya lo estoy bastante.

—Quiero verla de nuevo, Helen.

—Trabajo en el Memorial.

—Está bien.

La contempló mientras sorteaba las mesas, hasta que hubo desaparecido más allá de la puerta.

La imagen de Helen, no obstante, siguió fija en su mente mucho tiempo después de que hubo abandonado el bar.

CAPÍTULO VIII

Por teléfono, la voz del teniente Bedrick sonaba tan desagradable como un ladrido.

—¿Dónde estuviste? —Gruñó al identificar a Ridel—. Dijiste que me advertirías de tu alojamiento.

—Estoy en el Cecil, pero sólo hasta mañana.

—Puedes ocuparte de que limpien tu apartamento cuando quieras. ¿Por qué me has llamado?

—Quiero saber si has descubierto algo más después que yo me marché.

—En el apartamento, no. La sorpresa la tuve al recibir el primer informe de balística.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Algo muy raro, Jim. Hice cotejar el proyectil que mató a Bessy. Ya sabes, pura rutina. Bueno, me llevé un chasco. Por una vez, la rutina se animó. Esa bala fue disparada por la misma pistola que mató a uno de los dos torpedos de Droste.

Ridel se quedó unos instantes sin aliento, incrédulo.

—¿Te refieres a los dos fulanos de que me hablaste?

—Claro. La bala que se incrustó en el corazón del que tenía la cara aplastada, salió de la misma arma que mató a Bessy.

—No comprendo nada, Bedrick. ¿Qué puede significar eso, que Droste está matando a su propia gente?

—Lo dudo. Hay un tercer factor en este juego del que no sabemos nada.

—Quizá no. Quizá esos dos monos fracasaron en lo que fuera que debían hacer. Uno murió en el intento, y el otro sólo resultó con unos desperfectos en la cara, pero Droste quiso que pagara también su fallo.

—Ésa es una teoría cogida por los pelos, Ridel.

—No se me ocurre nada mejor. Sólo un pistolero de Droste pudo

introducirse en mi apartamento para darme el pasaporte. Y si aceptamos este hecho, habremos de aceptar que el mismo individuo liquidó al pistolero fracasado.

—Dicho así, la cosa suena bien, pero me resisto a creer que Droste haya perdido la brújula hasta ese extremo. Tú sabes la clase de buitre que es. Reflexivo, frío como un témpano, cerebral. ¿Por qué de repente habría de perder el timón de ese modo?

—No lo sé, pero tal vez vaya a preguntárselo.

Bedrick soltó un sonoro juramento a través del auricular.

—Cuando te decidas, avísame con tiempo para encargarme una mortaja a tu medida, Ridel.

—Yo cuidaré de mi pellejo.

—Hay otra cosa que necesito. La dirección de esa chica, Bessy.

—¿Para qué?

—No viviría contigo de modo permanente, digo yo. No encontramos más ropas de mujer en tu apartamento, que las de uso inmediato, las que ella llevaba puestas.

—Claro... Compartía un apartamento con otra chica en el Imperial Building.

—Daré un vistazo por allí, aunque sólo sea para cubrir el expediente.

Jim colgó después de despedirse. Miró en torno. La impersonal habitación del hotel no le sedujo demasiado. Volvió a ponerse la chaqueta y salió a la calle cuando el reloj señalaba las tres y media de la madrugada.

Pensó que Holden no le agradecería precisamente una visita a semejantes horas de la madrugada.

George Holden le miró de mala manera mientras estuvo hablándole. Se había puesto un batín de seda sobre el pijama, tenía el cabello revuelto y cara de sueño.

—Hasta ahora —gruñó—, no me has dicho nada que no hubiera podido esperar hasta mañana.

—Voy a decírtelo ahora. ¿Quién es la dama de las fotografías?

Holden barbotó una maldición.

—Si esperas que te lo diga, estás chiflado.

—George, en una de las fotos se ve la oreja izquierda del tipejo que comparte la cama con esa mujer. Sólo tiene la mitad de la oreja... La otra mitad se la arrancaron de una cuchillada hace un

par de años. Es un sinuoso hijo de perra llamado Edgar Harvey y quiero encontrarle.

—Me parece que te tomas demasiado en serio tu asociación conmigo, Jim. Esa mujer no nos encargó nada más que una cosa: recuperar las fotografías y los negativos, nada más.

—No estoy intentando meter la nariz donde no debo, aunque pueda parecer lo contrario. Pero han matado a dos mujeres esta noche, una de ellas en mi propio apartamento. Se llamaba Bessy y es posible que aún recuerdes un escándalo hace dos o tres años... Un escándalo precisamente provocado por fotografías obscenas.

—Han habido muchos.

—En ése estuvo mezclada esa chica. Sin saberlo, pero se vio envuelta en el caso. La detuve y habló. Resultó que un tipo muy vivo había instalado cámaras ocultas en cierto motel frecuentado por parejas. Cuando el hombre que llevaba a su conquista a ese lugar era lo bastante rico como para exprimirlo, era abordado del modo clásico. Naturalmente, pagaba. Y las chicas no tenían ni idea de que habían servido para que un bastardo se llenara de oro.

—¿Y tu Bessy...?

—Estuvo a punto de dar con los huesos en la cárcel. Pero yo la creí, de modo que hice una investigación por mi cuenta y salió la verdad. Así nos conocimos. Y supe entonces que muchas otras mujeres habían pasado por la misma experiencia sin ellas saberlo.

—Aún no veo adónde vas a parar.

—Esta noche, como dije, han matado a Bessy y a otra mujer. Se da la circunstancia de que las dos estuvieron mezcladas con aquel escándalo.

—¿Y...?

—Se me ocurrió que quizá alguien copió el procedimiento, sólo que al revés.

Holden achicó los ojos, intrigado.

—¿Cómo al revés?

—En lugar de chantajear a hombres, se dedica a mujeres. Claro que para eso no puede fiarse del azar. Y si estoy en lo cierto, está utilizando a Edgar Harvey como gancho para atrapar mujeres ya un poco maduras, pero de buena posición.

—No me sorprendería. Es más, lo que acabas de decir tiene sentido. Pero no nos incumbe a nosotros.

—Todo lo que yo quiero, George, es preguntarle a esa mujer cómo conoció al hombre de la oreja mutilada. Eso no la comprometerá.

Holden titubeó. Al fin, a regañadientes, dijo:

—La llamaré por la mañana. Si ella accede, bien. De lo contrario, te olvidarás de este embrollo que no va a darnos un centavo. ¿Está claro?

—Bueno...

—Y ahora lárgate al demonio. Si tú padeces insomnio, no quieras torturar a tus amigos por eso.

Ridel se encontró en la calle casi sin darse cuenta.

Entró en su coche y encendió un cigarrillo. Tenía un verdadero caos de ideas contradictorias que era preciso poner en orden.

De todas ellas, quizá saliera una positiva, una capaz de abrir un camino de luz en medio de las tinieblas de un misterio como no recordaba otro en todos sus años de policía.

CAPÍTULO IX

Alargó la mano para introducir la llave de contacto. En aquel momento, el duro cañón de una pistola se apoyó en su nuca y una voz bronca gruñó:

—Tranquilo, Ridel. Su cabeza huele a pólvora.

La portezuela se abrió y un segundo pistolero asomó la cara, oculta por la sombra del ala del sombrero que llevaba.

—Abajo —ordenó—. No mueva una mano siquiera porque estamos muy nerviosos. ¿No es cierto, Chuck?

El aludido dejó escapar una risita.

—Estamos temblando —dijo.

Apenas hubo puesto los pies en el suelo, Ridel sintió como le cacheaban. Encontraron la pistola y se la quitaron. El tipo que tenía detrás le empujó y en irnos segundos estuvo sentado en otro coche, con un tercer tipo al volante que condujo velozmente hacia la carretera de Oakland.

—Bueno —masculló—. ¿Qué es eso, un amable paseo?

—Ojalá lo fuera. Pero de momento sólo se trata de una charla amistosa.

—¿Cómo de amistosa?

—Ya lo verás.

El coche aceleró al dejar atrás el centro de la ciudad.

Media hora más tarde se detuvo delante de una formidable verja de hierro.

Alguien apareció frente a la luz de los faros y abrió la reja. El auto entró en un paseo de grava, que chirrió bajo las ruedas.

Había luz en un porche de columnas de mármol. Por lo poco que Jim pudo ver de aquella casa, era una auténtica residencia señorial.

De pronto, cayó en la cuenta de que, poco más o menos, ese lugar correspondía a las señas del viejo Droste que él había anotado en un papel.

Le introdujeron en la casa. Vio costosos cuadros en las paredes, muebles de estilo, alfombras y tapices...

Y al viejo zar del crimen, desde luego.

Frank Droste le esperaba hundido en una gigantesca butaca en la que casi desaparecía. La cara brutal de aquel hombre le impresionó.

—De modo que tú eres el héroe, Ridel —farfulló el viejo.

Y era más viejo de lo que Jim había imaginado. Toda aquella carne amazotada del rostro estaba surcada por millares de profundas arrugas.

—Me llaman Cazalobos Ridel —puntualizó con ironía.

—Siéntate ahí, donde pueda verte sin tener que mirar hacia arriba.

Ridel se hundió en otra butaca semejante, frente al gran hombre.

—¿Por qué me ha traído, Droste? Si se trata de una venganza, va a meterse en el peor lío de su vida.

—Tú mataste a mi hijo.

—Debería usted agradecérmelo.

Detrás de Ridel sonó un juramento. Uno de los pistoleros avanzó, gruñendo.

Droste rugió:

—¡Déjale en paz! Yo diré cuándo y cómo hay que machacarlo. ¡Fuera de aquí!

Hubo un cierto revuelo. Después, la puerta se cerró y quedaron solos los dos adversarios, mirándose con fijeza, calibrándose.

Jim repitió:

—Debiera agradecérmelo usted, Droste, porque su hijo le hubiera hundido el día menos pensado. No tenía sesos y usted lo sabe.

—Yo sé que era mi hijo.

—Bueno.

—Y que le mataste.

—El disparó tres veces primero. ¿Qué debía hacer yo?

—No quiero discutir eso ahora.

—Entonces, ¿qué?

—Me dicen que una mujer ha sido muerta en tu apartamento.

La mirada de Ridel centelleó.

—Es cierto, aunque imagino que sabe incluso quién hizo el trabajo, Droste. ¿Por qué la mataron, para herirme a mí, que la

quería, o porque yo no estaba allí cuando su cazador de cabezas llegó?

—Yo no mandé a nadie, Ridel.

—Cuénteme otra de risa.

—Estuve seguro de que me achacarías esa muerte —rezongó el viejo—. Por eso te traje aquí.

—No me convencerá, Droste.

—No necesito convencerte.

—¡Ya lo creo que lo necesita! En la policía están seguros que fue usted. Yo estoy seguro de lo mismo. Y si a estas alturas pretende negarlo solo conseguirá verse en todos los periódicos del país tan pronto yo desaparezca.

—Estás silbando en la oscuridad, Ridel, porque tienes miedo.

—Ahí ha dado en el clavo. Tengo miedo porque no soy ningún insensato. Pero a pesar de eso, Droste, esta vez se hundirá hasta el fondo del infierno. ¿Y quiere que le diga por qué?

—Adelante. Después hablaré yo.

—Ha querido abarcar demasiado. Tiene negocios legales para cubrir las apariencias, pero controla otros que no lo son. Drogas, prostitución, robos a gran escala y unos cuantos más, todos tan pestilentes como éstos... Pero con el chantaje se ha pasado de rosca.

El viejo se irguió en su butaca, sorprendido.

—¿Qué es eso de un chantaje?

—No es un chantaje, sino otro negocio organizado. ¿Por qué infiernos no tiene usted los redaños suficientes para reconocerlo, aquí, entre nosotros, sin testigos?

—Porque maldito si sé de qué estás hablándome.

Jim suspiró. Decidió dar otro paso. De cualquier modo, tal como dijera el pistolero, su cabeza olía a pólvora, de modo que ya no importaba un poco más o un poco menos.

—Dos de sus esbirros acudieron a una cita para cobrar cien mil dólares a cambio de unas fotografías, Droste. Dio la chiripa que me encargaron a mi efectuar el pago, ¿sabe? Iba dispuesto a pagar, naturalmente, a cambio de las fotos y los negativos. Ustedes quisieron pasarse de listos y sólo llevaron las fotos, guardándose los negativos para seguir con el negocio. Hubo un poco de jaleo. Uno de sus bastardos murió en el acto. El otro quedó solo abollado. No cobraron, y además, perdieron las fotos.

Droste estaba lívido.

—¡Continúa! —rugió.

—Claro. Era un fracaso que podía tener muy malas consecuencias. Imagino que tenía a un tercer hombre espiando. Ese tercer hombre le metió una bala al rufián herido, sólo para redondear mi trabajo. Y ahora, niéguelo, si puede.

Durante unos segundos, la cara de Droste pasó del blanco al rojo. Su mirada salvaje se achicó hasta que sus pupilas parecieron puntas de alfiler.

—Te refieres a los dos hombres que aparecieron muertos en la esquina de Laurel y Baker, naturalmente...

—En esa esquina es donde ellos habían fijado el encuentro. Y si ahora me dice que no estaban en su nómina, Droste, le llamaré mentiroso con tocias las letras.

—Eran hombres de mi equipo, ciertamente —murmuró el zar del crimen.

Pero parecía mucho más perplejo que furioso, cosa que no dejó de sorprender a Ridel.

—Iré un poco más lejos aún, gran hombre —refunfuñó el expolicía—. El hombre que mató a su enviado es el mismo individuo que asesinó también a la chica en mi apartamento. Y si todo eso no lleva todas las pistas hacia usted, es que yo estoy loco de remate.

Droste sacudió la cabeza.

—¿Cómo sabes que fue el mismo? ¿Lo viste?

—No. Pero existe una cosa que se llama balística. Droste. Y la balística no miente. A mi chica y al pistolero los mataron con la misma arma, una 38.

—Maldito si comprendo nada... Supongo que todo esto es lo mismo que piensa la policía.

—Ya puede jurarlo.

—No me conviene.

—A mí, sí, Droste.

—Tú no sabes ni dónde tienes la mano derecha, estúpido polizonte... ¡Chuck!

La voz semejó un trueno. Por la puerta asomó la cabeza del pistolero.

—Llama a Russell. Y luego envíame a Thomas.

Jim sacó un cigarrillo y lo encendió. Comenzaba a estar tan desconcertado por la actitud de Droste que ya apenas se atrevía a pensar en ello.

Un hombre gigantesco entró. Sus pasos resonaron como los de un paquidermo.

—Ven aquí, Thomas —gruñó el zar del crimen.

Ridel ladeó la cabeza para ver al recién llegado. Era un gigante de cabeza pequeña y ojos astutos.

—¿Quién fue el último que vio a Hobbs y a Benteen, antes de que aparecieran muertos en una esquina?

—No lo sé. Anoche cambiaron su turno con otros. Dijeron que tenían un plan con dos fulanas y se largaron. Eso es todo lo que sé.

—¿Oyes eso, Ridel?

—No lo creo —dijo éste—. Su gente no se atrevería a poner en marcha un negocio tan peligroso como el chantaje, sin su consentimiento, Droste.

—¡Pues lo hicieron! —bramó Droste, irguiéndose—. Alguien está segándome la hierba bajo los pies, Thomas, así que vamos a acabar con eso de una vez por todas.

—¿De qué modo?

Droste clavó sus malignos ojillos en Ridel.

—Lleva a éste a un cuarto interior. Me respondes de él con tu cabeza. Luego, vuelve aquí. Vamos a ver cómo aclaramos este condenado embrollo..., aunque sea asaltando el hospital.

Jim dio un respingo.

—¡Heston Grader! —exclamó—. ¿Va a cerrarle la boca también porque falló en su intento de liquidarme?

—Ridel, me cansas, me aburres. Me fastidias como el demonio, lo creas o no. ¡Yo no envié a nadie contra ti! Si lo hubiese hecho, estarías muerto. ¡Llévatelo!

Thomas señaló la puerta.

—Andando, polizonte.

Ridel caminó delante del guardaespaldas. La cabeza le zumbaba a causa del desconcierto.

Thomas le llevó a una habitación interior, sin ventanas. No había más hueco que la puerta. Antes de cerrarla, el gigante gruñó:

—Espero que el jefe me permita ocuparme de ti personalmente, Ridel. Vas a tardar tanto en reventar que te volverás loco.

Cerró la puerta con llave y Jim se encontró solo.

Miró en torno. Había una cama y dos sillas. Nada más.

Una lámpara colgaba del techo con una luz fría y triste.

Comenzó a pensar en la manera de salir de esa ratonera, porque si no lo conseguía, y pronto, su cabeza no sólo olería a pólvora, sino que estallaría como una bomba.

CAPÍTULO X

Evelyn Yates colgó el teléfono, un tanto sorprendida.

Que después de tanto tiempo, un hombre como el que acababa de llamar se acordara de ella y quisiera reanudar los viejos juegos, era como para sorprenderse.

Claro que ella tenía experiencia suficiente como para no extrañarse demasiado de las reacciones de los hombres.

Se encogió de hombros y entrando en el dormitorio se desnudó.

Estuvo unos instantes delante del espejo, examinándose con ojo crítico.

Aún tenía un tipo sugestivo, pero con su frialdad de juicio se dijo, una vez más, que dentro de poco tiempo iniciaría el ocaso, y entonces sería muy desagradable depender de los caprichos ajenos. Para entonces, debía tener ya una situación lo bastante segura como para mirar el porvenir sin preocupaciones.

Siempre había sido una mujer fría en todos los sentidos. Se había trazado un camino, y hasta el momento lo seguía sin titubeos.

Aprobó la imagen que veía con una mueca irónica y preparó el baño caliente.

Mientras se sumergía en el agua tibia y perfumada pensó que, con un poco de suerte, y si no perdía la cabeza, en un año más sus ahorros alcanzarían la cifra que se había fijado años atrás, cuando inició ese turbio camino de la prostitución.

Se relajó dentro del agua y dejó pasar el tiempo con esos ensueños del risueño porvenir. Había hecho muchas cosas de las que una mujer podría arrepentirse, pero ella no se arrepentía de nada. Desde muy joven había tenido que pelear con la vida y los hombres con uñas y dientes. Justo era que lo pagaran.

Salíó del baño y estuvo secándose con gestos indiferentes. Luego se envolvió en una bata azul tan transparente como un cristal y se preparó una bebida fría.

A través de la bata, su cuerpo rosado se insinuaba más sensualmente que si se hubiese mostrado completamente desnudo.

Sorbió la bebida y conectando la televisión se dispuso a esperar.

Quince minutos más tarde llamaron a la puerta.

Evelyn abrió y con una sonrisa profesional dejó paso al hombre elegantemente vestido.

—Me diste una sorpresa al llamarme —comentó, cerrando la puerta—. Después de tanto tiempo...

—Habíamos pasado buenos ratos juntos —dijo él.

—Fueron buenos tiempos.

—Lástima que se estropearan de aquel modo.

—Bueno, eso son cosas que pasan —rió la muchacha.

Rodeó el cuello del hombre con sus brazos y le besó.

Se esmeró en ese inicio de la acostumbrada rutina. Después, apartándose, murmuró:

—Ven...

Él la siguió hasta el dormitorio. Antes de entrar, Evelyn le preguntó:

—¿Quieres beber algo, querido?

—No, gracias.

—Estás impaciente, ¿eh?

—Eso es.

Ella se despojó de la bata, y girando sobre los pies provocativamente, preguntó:

—¿Te acordabas de mí, realmente? Quiero decir, tal como soy.

—Perfectamente. Una mujer como tú no se olvida fácilmente.

—¿Qué te pasa? Relájate, cariño. Ya no eres ningún inexperto jovenzuelo... Ven aquí.

Se dejó deslizar sobre la cama. Él avanzó adentrándose en el dormitorio.

Estuvo mirándola casi un minuto sin hablar, las manos en los bolsillos, rígido.

Evelyn sacudió la cabeza.

—Habré de animarte un poco —dijo, irónica.

El sacó las manos de los bolsillos. En la derecha empuñaba una pistola con el cañón prolongado por un silenciador.

Evelyn contuvo el aliento y se incorporó de un salto.

—¿Estás loco? —chilló—. ¡Aparta ese trasto!

—¡Tiéndete!

—¿Qué... qué te propones?

—¡Tiéndete de una vez!

—¡Socorro!

El apretó el gatillo. La bala le pegó a la mujer en la cara, arrojándola de espaldas contra la almohada.

Evelyn ya no gritó más.

El hombre se cercioró de que estaba muerta y luego aguzó el oído. No sabía si el grito de la muchacha había sido oído o no.

Todo continuaba en silencio. Se encaminó a la puerta y de nuevo escuchó, tenso y alerta.

Afuera todo era silencio.

Volvió atrás y dio una mirada crítica al saloncito donde Evelyn le había esperado.

Todo estaba en orden. Las botellas, el vaso del que la muchacha bebiera y la caja de cigarrillos. Esbozó una mueca de contento, y protegiéndose la mano con un pañuelo, abrió la tabaquera.

Estaba llena hasta la mitad de cigarrillos emboquillados.

Buscó algo en su bolsillo hasta que encontró un encendedor de oro. Con un gesto absolutamente natural, lo dejó sobre la mesita, junto a la caja de los cigarrillos.

Tras esto, abandonó el apartamento sin prisas. Nadie se fijó en él. Nadie se cruzó en su camino hacia la calle.

El hombre que personificaba la muerte se perdió en las sombras de la noche como si regresara al negro reino de la nada.

Jim Ridel apagó la luz y a tientas desenroscó la bombilla de la lámpara.

Tras esto rompió los hilos para quitar el portalámparas y unió los dos terminales de los cables.

Fue a la pared y dio vuelta al interruptor.

Hubo un chispazo ruidoso en la lámpara.

Esperó, seguro de que en alguna parte se habían fundido los plomos y, por consiguiente, toda la casa debía haberse quedado a oscuras.

Pasaron los minutos en absoluto silencio. Luego, después de un tiempo que se le antojó interminable, los extremos unidos del hilo eléctrico chisporrotearon de nuevo un instante, para volver a quedar a oscuras.

Aún hicieron otro intento varios minutos más tarde y hubo un tercer chispazo.

Para entonces, quien fuese que intentaba restablecer la corriente eléctrica, ya debía comenzar a pensar que algo raro sucedía.

Se colocó junto a la pared, de modo que si se abriera la puerta quedara fuera de la vista de quien llegara.

Cinco minutos después, una llave giró en la cerradura. Thomas barbotó al enfocar la luz de una linterna al interior:

—¿Qué infiernos hiciste con la luz, Ridel?

El hombre dio un paso adelante. Detrás de él, otro se movió también.

Ridel se arrojó contra la puerta con el empuje de una bala de cañón. La puerta se estrelló contra la cara de Thomas, y éste fue a enredarse con su propio compañero.

Ridel abrió la puerta y saltó sobre aquel revoltijo de manos y piernas. Sus pies juntos cayeron sobre la cara de Thomas, cuyos aullidos se acentuaron.

El otro consiguió zafarse del peso de su socio. Ridel le descargó un puntapié en la cara y el tipo voló de espaldas hasta dar de cabeza contra la pared.

Inclinándose, Jim atrapó la pistola caída en el suelo y echó a correr por el pasillo.

En el vestíbulo, un hombre se volvió en redondo al oírle llegar. Jim tiró del gatillo y Chuck voló materialmente, empujado por la bala.

Thomas rugía órdenes allá atrás. Sobre su cabeza, Ridel oyó pasos precipitados y gritos.

Abrió la puerta y se lanzó a la carrera por el jardín.

Un arma tronó en la puerta cuando él se zambullía detrás de un seto. Siguió corriendo y llegó a la verja y encaramándose por ella, saltó a la calle, donde continuó corriendo como un gamo.

Thomas y los otros pistoleros perdieron unos segundos preciosos abriendo el gran portón de hierro. Cuando salieron fuera, de Ridel no quedaba el menor rastro.

Thomas maldijo a gritos antes de volver atrás y cerrar la verja.

Dos minutos después, Jim Ridel se despegó de los arbustos de un jardín próximo, donde había buscado refugio.

Hervía de cólera y se alejó a buen paso, hasta localizar una

cabina telefónica. Introdujo unas monedas y llamó a la jefatura de policía.

Cuando consiguió comunicar con el teniente Bedrick ya amanecía.

—¿Bedrick? Aquí, Ridel... Van a atentar contra Heston Grader, en el hospital.

—¿Quién?

—Hombres de Droste. ¿Quién otro podría hacer una cosa así? De modo que refuerza la vigilancia y podrás cazarlos con las manos en la masa.

—Me ocuparé de eso ahora mismo. Pero antes déjame que te diga algo... Tu chica compartía un apartamento con otra mujer..., una bailarina o algo así. ¿No es cierto?

—Seguro. Se llama Patsy Joyce.

—Se llamaba, muchacho. La mataron también. Fuimos para realizar algunas averiguaciones referentes a Bessy y... Bueno, estaba muerta.

—Es horrible. Y además, me parece una muerte absurda, porque matando a Bessy me herían a mí, pero con esa Patsy jamás tuve la menor relación.

—Quizá estemos equivocados y todo eso no ha sido planeado contra ti.

—Casi empiezo a dudar de mis propias convicciones. Aunque la muerte de Patsy puede que no tenga nada que ver con las otras.

—Te equivocas, Ridel. Balística ha confirmado que la mataron con la misma pistola que a Bessy y al pistolero.

Jim sintió un agudo escalofrío. Como si hablara consigo mismo, gruñó:

—O Droste perdió la cabeza y contrató a un idiota o yo no veo más allá de mi propia nariz. Ya te llamaré, Bedrick.

—Si puede ser, olvídale durante unas horas. Lo justo para que cambie de turno, ¿sí?

Sonó un chasquido cuando el teniente colgó el teléfono bruscamente.

Ridel salió de la cabina y caminó ensimismado bajo la incierta luz del alba. Acababa de complicarse la vida con ese lío del chantaje, pero de cualquier modo ahora pensó que de perdidos al río y decidió llegar hasta el final.

CAPÍTULO XI

Jim Ridel se detuvo en el jardín de la lujosa residencia. Averiguar esa dirección le había costado horas y discusiones con viejos confidentes policíacos, la mayoría de los cuales pudo constatar cómo le perdían el respeto ahora que era público que ya no pertenecía a las huestes de la ley.

El edificio de pequeños y caros apartamentos se extendía en forma de media luna, salpicado de terrazas bañadas de sol. Bajo las terrazas, ocupando el semicírculo, había una inmensa piscina de formas delirantes, en uno de cuyos extremos chispeaba un surtidor de agua cristalina en forma de abanico.

Ridel contempló maravillado los bronceados cuerpos de infinidad de mujeres tendidas al sol, relajadas, casi desnudas, untadas de aceites bronceadores y protectores. Otras, no muchas, jugueteaban en el agua.

Cinco o seis hombres solamente eran la representación masculina en ese reino de hermosas amazonas de todos los tamaños, con cabelleras de mil colores artificiales, pechos descarados y casi en libertad, caderas ampulosas y piernas para volver loco a un asceta.

Ridel avanzó por el sendero de grandes losas de piedra que circundaba el edificio. Se forzó a olvidar la presencia increíble de las mujeres para concentrar su atención en los hombres, hasta que descubrió al que andaba buscando.

Era un hermoso ejemplar masculino, con un cuerpo que parecía dibujado por un artista admirador de la musculatura. Sus largos cabellos ligeramente ondulados rodeaban un rostro de galán de cine, en el que la disipación había marcado sus huellas en cierto modo.

Ridel se detuvo detrás de él. El ejemplar estaba tendido sobre un colchón neumático, inmóvil bajo el sol, los ojos protegidos por una

maskarilla negra.

—Estuve buscándote durante horas, Harvey —dijo Jim.

El tipo se contorsionó, apoyándose sobre un codo. Con gestos lánguidos, levantó uno de los extremos de la maskarilla y observó al visitante.

—¿Le conozco? —Gruñó.

—No, pero te conviene conocerme, Harvey, porque quiero tratar un negocio importante contigo.

—¿Qué clase de negocio?

Ridel paseó la mirada en torno. Se dio cuenta de que varias de las chicas más próximas le observaban con voraz curiosidad.

Dijo:

—No podemos hablar en medio de todo este enjambre.

—En ese negocio de que habla, ¿cuánto hay a ganar?

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Sin discutirlo antes, es imposible concretar. Mucho dinero.

Tras una vacilación, el hermoso ejemplar se incorporó perezosamente.

—Bien —rezongó—. Tomaremos un trago en mi apartamento... Por aquí.

Jim le siguió rechinando los dientes. Cuando el aire agitó un poco los cabellos del tipo, pudo verle la oreja mutilada, aquella media oreja, testigo de una cuchillada.

Al entrar en el apartamento, Ridel se quitó las gafas oscuras y dejó que el gigoló le observara a placer.

Edgar Harvey arrugó el ceño.

—Yo he visto su cara en alguna parte —murmuró.

—Serías el único en toda la ciudad que no la habría visto.

De pronto, Harvey dio un respingo.

—¡Maldita sea! —exclamó—. El poli expulsado..., el tipo que mató a Droste.

—Seguro.

—¡Largo de aquí! No hay ningún negocio con usted que pueda interesarme.

—Ya lo creo que lo hay.

Harvey alargó la mano hacia la puerta.

—Va a salir tan de prisa que se asombrará —dijo.

Jim disparó la zurda de abajo arriba. El puño como una roca estalló en el mentón de Harvey igual que una bomba y el tipo se fue dando tumbos hasta caer sentado al suelo.

Lanzó un rugido y trató de incorporarse. Ridel le obsequió con un puntapié en la cara y aquella hermosa nariz romana se aplastó con un chasquido y comenzó a soltar sangre a chorros.

—Es mejor para ti que te portes bien, Harvey, porque de lo contrario perderás toda tu belleza. Y sin una cara bonita te morirás de hambre en un mes.

—¡Le encerrarán por esto, hijo de perra! Ahora ya no tiene ninguna chapa para protegerse.

—Tal vez me encierren, amiguito, pero a ti habrán de recomponerte como a un rompecabezas cuando yo acabe contigo si no colaboras.

Gruñendo, escupiendo la sangre que se le introducía en la boca, Harvey se levantó tambaleándose. De pronto, se lanzó de cabeza contra Jim.

Éste esquivó a duras penas y el tipo pasó por su lado como un tren expreso. Justo cuando acababa de rebasarlo, Ridel largó otro puntapié y éste incidió en las posaderas del hermoso semental, aumentando su velocidad hasta tal punto que fue a estrellarse de cabeza contra la pared.

No la echó abajo de milagro. Cayó de bruces, quejándose amargamente.

Jim le atrapó por los cabellos, arrastrándolo hasta el diván donde lo tiró como un fardo.

El hombre estaba semiinconsciente. Ridel tomó una botella y echó un trago, esperando que el otro se recobrara.

Al fin, los ojos de Harvey se centraron lo suficiente para mirarle furiosamente.

—Muy bien, ahora escúchame, pedazo de basura, y recapacita en lo que más te conviene. En primer lugar, anoche vi unas fotografías en las que aparecías en compañía de una mujer, sobre una cama.

El tipo se encogió de hombros.

—No sé de qué me habla.

Ridel le abofeteó con la mano plana, una y otra vez. La cabeza saltó de un lado a otro entre los gritos agónicos del bello ejemplar.

—No me entiendes —dijo Jim—. No he venido a discutir, sino a escucharte. Quiero saber quién negocia con esas fotos. Sólo eso. Quién organiza el negocio, porque eso es un negocio organizado a escala industrial.

—¡Váyase al demonio!

—Tú me precederás en ese viaje, pero muerto. Dijiste que ya no soy policía y ésa es una gran verdad. Un policía no podría meterte un plomo en la barriga... y yo sí.

La mirada del rufián se volvió estrábica cuando se encontró ante el monstruoso cañón de la pistola.

—¡Eh, espere un minuto! —jadeó—. ¡Usted no puede...!

—Ahí te equivocas, yo sí puedo, cerdo, y vas a comprobarlo si no hablas pronto.

—Yo no tengo nada que ver en ese negocio, ni siquiera fue mía la idea. Además, sólo duró un par de meses...

—¿Quién alumbró la idea?

El tipo miró la pistola. Escupió sangre y buscó un trapo con el que apretarse la nariz.

—Deje que me lave —jadeó.

—Estás muy hermoso así. Levanta las posaderas de donde te encuentras y verás lo que pasa.

—¡Maldito sea! No sacaré nada con saber quién organizó aquello.

—Prueba a ver.

—Está bien, tampoco puede pedirle cuentas. Fue Tony Droste, y usted lo mató.

—No me digas.

—¡Tiene que creermelo! La idea partió de él. Lo intentamos y en tres meses apenas si conseguí llevar a dos mujeres al nido donde estaban las cámaras. No resultaba, de modo que la cosa quedó muerta.

—¿Por qué?

—No sé. Él dijo que había otro sistema, que sólo debía desenterrar lo que ya estaba hecho y así terminó. Lo siguiente que supe de Tony fue que usted le había matado.

—¿Qué era lo que Droste quería desenterrar?

—¡Maldito si lo sé!

—Dame los nombres de las mujeres que llevaste a ese lugar que

tú llamas «el nido».

—¿Para qué? Ya debió sangrarlas Tony.

—¡Los nombres, Harvey!

—Usted gana..., de momento. Una era Jean Kingsdale... La otra era la mujer de un conocido industrial...

—¿Qué industrial?

—Se llama Anderson... Davis Anderson. Posee una gigantesca industria de mecanismos de precisión o algo así.

—¿Ésas fueron las únicas?

—Que se les pudiera sacar dinero, sí. Pude haber llevado docenas de mujeres, si hubiese querido, pero no tenían nada detrás, sólo fachada.

—Volvamos a Tony Droste. Él te dijo que iba a desenterrar algo que le daría más dinero que ese negocio de las fotos. ¿Te dijo si emplearía a hombres pertenecientes a la nómina de su padre?

—No lo sé. A mí no me dijo nada de eso.

Ridel estuvo unos instantes callado, reflexionando a toda presión.

Por una parte, le habría gustado aplastar a ese individuo degenerado y vicioso, pero no se consideraba precisamente un redentor de las flaquezas humanas. Había cuestiones mucho más importantes que dilucidar...

—De esas dos mujeres que has nombrado, Harvey —gruñó, sombríamente—, ¿cuál es la rubia?

—La Kingsdale.

—De acuerdo, te salvas esta vez, pero, hermano, cambia de profesión porque con esa que tienes, el día menos pensado amanecerás flotando en la bahía.

—Ya nos veremos usted y yo, Ridel.

—Cuando eso suceda, quizá se te acabe la buena racha.

Jim se dirigió a la puerta y abandonó el minúsculo apartamento.

Abajo, las mujeres seguían tostándose al sol. Algunas le miraron cuando caminó a lo largo del sendero de piedra. Una le sonrió, invitadora. Debía aburrirse de sentir solo la caricia de sol sobre su piel dorada...

CAPÍTULO XII

La señora Kingsdale era una mujer en la frontera de los cuarenta. No obstante, conservaba al parecer toda su lozanía. Ridel pensó que gracias a los intensivos cuidados y tratamientos de belleza. El caso es que era una dama a la que uno miraba con mucha atención porque desde cualquier ángulo tenía mucho que ver.

George Holden le encendió el cigarrillo. Ya se había disculpado varias veces, atento a su negocio. Entonces dijo:

—Le aseguro que cualquier cosa que se diga aquí y ahora será considerado estrictamente confidencial. Por mi parte, no la hubiera molestado, pero las cosas han rodado muy mal desde el principio, tal como le expliqué.

—No necesita andar con tantos rodeos —dijo ella, con voz impaciente—. ¿Qué es concretamente lo que desea?

Esta vez fue Jim quien replicó:

—Sólo pedirle que nos ayude a dar por finalizado este asunto del chantaje, señora.

—¿De qué modo?

—Por ejemplo... ¿Cuándo se pusieron en contacto con usted por primera vez, pidiéndole dinero?

—Hace meses. Al principio me negué. No podía creer que existiesen esas fotos. Bueno, resultó que sí existían. Un par de semanas después del primer contacto recibí unas copias. Me horroricé, y más cuando, unos días después, me pidieron medio millón de dólares.

Holden y Ridel cambiaron una mirada estupefacta.

Ella repitió como si mascara las palabras:

—¡Quinientos mil dólares! Estaban locos y se lo dije. Creían que por la sencilla razón de que mi marido poseía una industria, nadábamos en dinero. Intenté hacerles comprender que eso era un

puro espejismo, que el negocio de mi esposo iba de mal en peor. No me creían, claro. Todo eso llevó tiempo... No parecían impacientes, ésa es la verdad.

—¿Y era cierto que los negocios de su marido andaban mal?

—Desde luego, era verdad. Me dejaron en paz casi un mes. Luego, de pronto, me llamaron fijando la cifra en cien mil.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Lo recuerdo perfectamente..., gracias a usted, Ridel. Fue el día antes de que usted matara a ese chagal degenerado de Tony Droste. A la mañana siguiente de la llamada todos los periódicos publicaron la información de su tiroteo.

—Ya veo... Supongo que en todo ese tiempo su esposo no habrá sospechado nada del chantaje...

—Está demasiado preocupado por el negocio para fijarse en nada de lo que yo hago.

—De modo que usted reunió los cien mil dólares...

—Saqué todo el dinero de mi cuenta personal. Y ahora, mucho me temo que cuando vuelvan a ponerse en comunicación conmigo, pidan mucho más.

—Tengo la corazonada de que no volverán a molestarla, señora —dijo Ridel, sombrío—. Ha sido usted muy gentil al acceder a esta entrevista.

Ella se levantó.

—Si ha de servir para que termine realmente esta pesadilla, no me importa haber venido. Si me llaman de nuevo les avisaré.

Salió, altanera y rígida.

Holden suspiró, aliviado.

—No creí que la cosa saliera tan bien —dijo.

—Es una mujer consecuente, tiene sentido común, George.

—¿Qué diablos has sacado en limpio?

—Varios puntos. Tú y yo sabemos que fue Droste quien organizó ese puerco negocio, pero las mujeres con dinero suficiente para ser exprimidas, y que, además, se dejen engatusar, no abundan. Se cansó pronto y entonces tuvo otra idea..., «algo que ya estaba hecho», según palabras del bello animal, ahora ya no tan bello, dicho sea de paso. Bien, cuando ya estaba todo resuelto, con los cien mil a punto de entrar en sus bolsillos, yo lo tumbé, de modo que los esbirros que se había atraído a su bando, pertenecientes al

clan de su padre vieron el cielo abierto. Quisieron hacer el negocio por su cuenta.

—Eso tiene sentido.

—No pudo suceder de otro modo. Sólo que esos tipejos tenían la cabeza llena de serrín y quisieron prolongar la sangría más de lo posible, guardándose los negativos. Droste jamás hubiera cometido semejante torpeza.

—Muy bien. Estoy dispuesto a aceptar que tengas razón. ¿Adónde nos lleva eso?

—Al otro negocio, ese que Droste pensó «desenterrar».

—Ahora, haz otra pirueta de birlibirloque y dime cuál era...

—No puedo afirmarlo, es sólo una conjetura. Pero estamos hablando de ratas de alcantarilla, que se habían especializado en chantaje. Hace un par de años estalló un escándalo mayúsculo por este asunto. Poderosos hombres de empresa se vieron implicados en él. Recuerda que yo conocí a Bessy debido a eso. Ella y otras chicas. Y ahora, escucha el final y después reflexiona. Todas esas muchachas asesinadas estuvieron metidas en aquel feo asunto. Algunas sin saberlo, otras con pleno conocimiento. Y ahora, viene un tipo y las liquida.

Holden se quedó boquiabierto.

—Hermano —bufó—, es increíble cómo complicas las cosas.

—Imagina que Droste sabía dónde estaba el material que en aquella ocasión quedó inédito. O conocía la existencia de los clichés.

—Ya veo, pero Tony Droste ha muerto... antes de que esas nenas fueran asesinadas.

—Ahí es donde me pierdo. Hay alguien que sigue con su gran idea, George.

—Si piensas en el viejo Droste, me resisto a creer que se haya complicado la vida en algo tan arriesgado. Arriesgado en razón a lo limitado de los beneficios que podría obtener. Gana millones con lo que ya tiene establecido y asegurado.

—No pienso en el viejo ahora... Y a propósito...

Descolgó el teléfono y estableció comunicación con la jefatura.

El teniente Bedrick no había podido abandonar su turno todavía y eso podía explicar su mal humor.

A la pregunta de Ridel, gruñó:

—¡Claro que establecimos vigilancia especial! De modo que iban a atentar contra Heston Grader, ¿eh, genio?

—¿Y no lo hicieron?

—Frank Droste se presentó en el hospital en compañía de su picapleitos amaestrado, ese Russell que el demonio confunda. Se presentó a cara descubierta, preguntando por Grader y exigiendo hablar con los policías que le custodiaban. El abogado esgrimió la mitad del código y obtuvo permiso para una entrevista con el herido. Ése fue el atentado.

—Maldito si entiendo una palabra. ¿Sólo habló con Grader?

—Ni más ni menos.

—¿Sin testigos?

—Sin testigos. Su picapleitos se ocupó de eso. Y cuando se fueron, Grader seguía vivo.

—Es para volverse loco.

—Ahora ya lo sabes, lumbrera, de modo que olvídate del viejo buitre.

—Eso es algo que me costará.

—Otra cosa, Ridel. La maldita pistola del 38 a vuelto a matar.

—¿Qué?

—Una chica también. Se llamaba Evelyn Yates.

—Ese nombre... ¡Espera un minuto! —exclamó—. Evelyn Yates estuvo envuelta en el caso de chantaje, hace tiempo.

—Lo hemos verificado en los archivos. Es cierto. Y fue condenada a un año porque se demostró que ella había accedido con conocimiento de lo que se trataba.

—Ya recuerdo... ¡Maldita sea! Hay algo en este asunto que no logro captar..., algo que está acuciándome...

—No esperes que te compadezca. Ya tengo bastantes preocupaciones, la principal de las cuales, por ejemplo, es ver si puedo largarme de una vez. Ya he olvidado qué forma tiene una cama.

Bedrick colgó violentamente.

Ridel se volvió hacia Holden.

—Otra muchacha muerta de las que intervinieron en el viejo negocio de las fotografías. Evelyn Yates, y Patsy Joyce... y Bessy. ¿Por qué?

—No me preguntes. Y déjame decirte que averiguarlo no es cosa

nuestra.

—Es cosa mía ajustar las cuentas al hijo de perra que mató a Bessy, George.

Éste suspiró.

—Empiezo a pensar que hice un mal negocio al asociarme contigo.

—Tiene que haber algo..., un detalle tal vez insignificante que una a las tres. Y no me refiero a que intervinieran entonces en el escándalo. Hubo muchas otras y no creo que ese matarife se disponga a asesinar a quince o veinte mujeres. Sólo a algunas de ellas, algunas que estuvieron unidas entonces por un vínculo especial, diferenciándolas de las demás.

—¿Y cómo piensas averiguarlo?

—Te aseguro que no lo sé. Veamos... Bessy tuvo la suerte de que el tipo al que cazaron gracias a ella declaró en su favor, confidencialmente, a cambio de no aparecer después en el proceso... Yo le conocí porque le tomé la declaración. Era un fulano delgado, aristocrático, muy correcto...

—¿Y...?

—Anderson, eso es. Se llamaba Anderson y...

De pronto, se quedó sin voz, igual que si repentinamente se hubiera sentido atacado de súbita parálisis.

Holden le miró alarmado.

—¿Qué te pasa ahora? —barbotó.

—¡Davis Anderson! Es uno de los nombres que mencionó el bello animal.

—¿Qué?

—Harvey... ¡Condenación! Ahí tiene que estar la clave. La mujer de Anderson fue otra de las que engatusó Harvey.

Ridel se levantó de un brinco.

—Hablaré con ese tipo —dijo.

Se fue hacia la puerta como si le persiguieran.

Cuando Holden quiso replicar, su flamante socio ya había desaparecido.

CAPÍTULO XIII

Davis Anderson era realmente un individuo aristocrático hasta en los menores detalles.

Desde el otro lado de la gran mesa de trabajo, en su impresionante oficina, escuchó impasible a Jim Ridel. Tan impasible como una estatua.

Sólo que una estatua cada vez más pálida.

—Yo le tomé declaración, señor Anderson —añadió Jim, para terminar—. Recuerdo algunos pasajes de ella, pero no toda ni mucho menos. Ha pasado mucho tiempo. Usted declaró a favor de Bessy porque en realidad ella era inocente. Recuerdo que dijo algo de otras mujeres en favor de las cuales no quería decir una sola palabra para ayudarlas. ¿Fue así más o menos?

—Sí...

—Esas otras, señor Anderson, ¿recuerda sus nombres?

—Puede encontrarlos en mis declaraciones de aquel entonces. Deben conservarlas en los archivos.

—Eso me llevaría tiempo. Y por otra parte, tal como sabe, ya no pertenezco a la policía.

—Claro.

—¿Y bien?

—Evelyn Yates —dijo el financiero.

—Y Patsy Joyce, si no me equivoco.

—No se equivoca.

—¿Por qué se ha puesto usted tan pálido, señor Anderson?

—No creo que esté obligado a responder esa pregunta.

—Desde luego que no, pero se evitaría muchas molestias si pusiera todas las cartas sobre la mesa. Luego será más complicado cuando deba decírselo a la policía.

—Ya lo imagino.

—¿Entonces?

—Estoy entre la espada y la pared, Ridel.

—¿Por qué las mató usted?

—¡No diga simplezas!

—Pero sabe que han muerto las tres.

—Sí.

El financiero abatió la cabeza.

—Sin embargo —dijo Ridel—, los periódicos no lo han publicado todavía.

Anderson no replicó. Cuando dirigió la mirada a Ridel, éste captó en ella la desesperación y una peligrosa llamita de cólera.

—Voy a decirle lo que sé, Ridel. Confidencialmente, y saque usted las conclusiones que quiera..., si es que consigue alguna conclusión, cosa que dudo.

—Adelante.

—¿Me equivoco si digo que usted sospecha que yo las he matado? Sabe que por aquel tiempo yo estuve más o menos... digamos ligado a las tres.

—Sí, ¿y qué?

—Hubo fotografías en las que yo aparecía con ellas, en diferentes ocasiones.

—También lo recuerdo.

—De manera que comprendo que sospeche usted de mí.

—Igual que sospechará la policía en cuanto caigan en la cuenta de esta... ¿coincidencia?

—No es ninguna coincidencia.

—Voy a repetirle una pregunta. Piense que de algún modo yo tengo un interés muy personal en este asunto. ¿Las ha matado usted?

—¡No!

—Déjese de gritos, no me impresionan.

—Quedaron los clichés en alguna parte. Nunca fueron encontrados.

—Si va a decirme que ahora, después de tanto tiempo, alguien pretende hacerle pagar a cambio de esos clichés, piénselo dos veces. No le creeré en mil años.

—No es eso exactamente, sino algo mucho más refinado, mucho más sórdido.

—Aún estoy esperando su versión.

—No hace aún dos horas he recibido una llamada telefónica.

—Adelante, no convierta eso en una novela por entregas.

—Usted está predispuesto contra mí. Alguien, un hombre, me ha dicho que tiene esos clichés en su poder, que me envía fotografías para demostrarlo que estarán en mi poder esta misma tarde. Pero no pide dinero...

—Entonces, ¿qué quiere?

El financiero esbozó un gesto circular, señalando las paredes, los costosos cuadros...

—Prácticamente, lo quiere todo —añadió, rechinando los dientes—. Pretende que ceda al contrato del gobierno, para negociarlo él. Asegura que ya sabe a quién endosarlo.

—¿Qué contrato?

—Cien millones la primera fase. Otros cien en la segunda. Mecanismos de alta precisión para la industria auxiliar de la armada.

—¿Y todo eso a cambio de unas fotografías obscenas?

Anderson sacudió la cabeza.

—No lo entiende, Ridel. Si no cedo, esas fotos irán a parar, «accidentalmente», según sus palabras, a la prensa y la policía. Son fotos de esas mujeres asesinadas, conmigo. De modo que a falta de otro culpable me cazarán a mí con todas las agravantes.

Ridel se quedó boquiabierto.

—¡Demonios! —bufó—. Ya entiendo.

—Tal vez, con mis abogados y mucho tiempo, pueda convencer a un jurado, al fiscal y a la policía de que es una sucia conspiración. Pero lo que sí es seguro es que los periódicos me pondrán en el candelero del escándalo, que perderé mi crédito y que la cosa me costará una fortuna. Y, por añadidura, la Armada cancelará su pedido, de modo que lo perderé de todos modos.

—¡Vaya jugada! Pero ese individuo tiene que tener seguro negociar ese contrato con alguien.

—Otro industrial capacitado podría admitir ese sucio negocio, pero debería ser alguien sin escrúpulos.

—O muy apurado. No creo que existan muchos industriales en condiciones de producir ese material. ¿O sí?

—En todo el país, no más de cinco o seis.

—Entonces, debería ser fácil saber quién empezaba a fabricar

esos instrumentos, pero eso llevaría mucho tiempo. Creo que sería más fácil realizar un simple proceso de eliminación si usted los conoce a todos.

—¿Quiere decir, tratar de saber cuál está en apuros, o quién de todos ellos tiene menos escrúpulos?

—Eso es... ¡Un momento! Un industrial en apuros... ¡Maldita sea! ¿Qué clase de industria posee un tal Kingsdale? Si le conoce, naturalmente.

—En pequeña escala, muy semejante a la mía. Sólo que jamás ha podido realizar grandes series de esta clase de material.

—Pero podría hacerlas si le cayera en las manos ese contrato.

—Sí, claro.

—Tal vez hayamos llegado a algo práctico —dijo Jim, levantándose—. Estaré en contacto con usted. Espero por su bien que haya sido sincero conmigo.

—Conozco a Kingsdale... No le creo capaz de...

—Yo sólo conozco a la señora Kingsdale. Y es un auténtico cartucho de dinamita.

Ridel se despidió apresuradamente y salió de estampida.

Anocheecía cuando Ridel llamó a la puerta de la residencia de los Kingsdale. El tiempo había cambiado y espesas y negras nubes viajaban lentas por un oscuro firmamento.

Una sirvienta le hizo pasar. Esperó un tanto preocupado, porque si se equivocaba y esa clienta de Holden llevaba las cosas por la tremenda, muy bien podía significar el final de su incipiente asociación con el detective privado.

Al fin, Jean Kingsdale apareció con el rostro demudado y una mirada colérica en su hermoso rostro.

—¿Cómo se ha atrevido a venir aquí? —exclamó por todo saludo—. Mi marido está a punto de llegar.

—He venido a hablar con él, señora.

—¿Qué dice? ¡No tienen ustedes derecho...! Yo acudí a su agencia confidencialmente. Eso es una traición a mi confianza.

—No se altere. Usted dijo que su marido estaba en dificultades financieras.

—Y es cierto, pero él no tiene que saber lo que me pasó a mí. ¡No quiero que lo sepa nunca!

—Por mi parte, no lo sabrá. El negocio que quiero tratar con él

es absolutamente distinto.

—No le comprendo. Y no puedo creerlo, señor...

—Ridel. Jim Ridel, señora.

—Muy bien, Ridel. ¿Qué es lo que desea tratar con mi marido?

—Se lo diré a él cuando llegue. A usted sólo quiero hacerle una pregunta... y reflexione bien antes de responderla, porque es muy importante.

Ella esbozó un gesto de impaciencia.

Ridel dijo:

—¿Está «absolutamente» segura de que su marido no averiguó la extorsión de que era usted víctima?

—¡Claro que no lo supo! ¿Cree que no me hubiera echado en cara mi desliz de haberlo averiguado? Ralph tiene un carácter terrible. Jamás me habría perdonado.

—A menos de existir una razón muy poderosa para que mantuviera cerrada la boca.

—No puede existir semejante razón.

—Yo creo que sí existe, y en cuanto hable con él lo sabré.

—¿Sin mencionarme a mí?

—No se preocupe por ese lado.

Se oyó el motor de un coche en el exterior, y luego el golpe de una portezuela. En el mismo momento empezó a llover y la mujer fue a cerrar el ventanal.

—Ya ha llegado —murmuró—. Por favor, señor Ridel..., confío en usted.

Le dejó solo y Ridel esperó, rígido y colérico, porque si aquél era el hombre que buscaba, la muerte de Bessy podría ser vengada.

Al fin, Kingsdale apareció en el saloncito, cerró la puerta y se quedó mirando a Ridel con mala cara.

—No acostumbro recibir visitas de negocios en mi casa, señor —le espetó—. Debieran habérselo advertido.

—Mi negocio no puede ser tratado en una oficina. Más bien habría que discutirlo en un estercolero o en la cámara de gas.

El financiero dio un respingo y le miró estupefacto.

—¿Qué clase de loco es usted?

—De una clase muy especial. Ya puede empezar a pensar en su testamento, porque matar a tres mujeres y un pistolero herido se paga caro, a pesar de todas las triquiñuelas legales.

—No comprendo una maldita palabra...

—Voy a decirle algo, Kingsdale. Hubo un tipo llamado Tony Droste que unos años atrás puso en marcha un negocio de chantaje. Se asoció con otro fulano que era quien daba la cara y extorsionaron a muchos hombres acaudalados. Fotos pornográficas, ya sabe. El asunto estalló y el socio pagó el pato. Siempre me extrañó que no hablara, que no dijera una palabra, y que muchos de los clichés de aquellas fotos jamás aparecieran. Ahora sé que calló porque temía a los Droste.

—¡Maldita sea! ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—A usted le exprimieron también. Le sacaron un buen bocado.

—¿Es una finta a ver qué saca de mí?

—Es una certeza. Usted pagó entonces. Pero de algún modo averiguó quién estaba detrás del negocio. Calló porque Droste es una potencia con la que no se puede jugar así como así, pero guardó el dato.

—Está dando vueltas y vueltas. ¿Qué quiere decirme concretamente? No puedo perder toda la noche escuchándole.

—¿Cuándo supo que Droste había vuelto a las andadas, aunque esta vez dándole la vuelta al negocio? O sea, utilizando las mujeres como fuente del dinero.

—Yo no...

—Sí lo supo. Y acosado por sus dificultades económicas tuvo la genial idea. Desenterrar los viejos clichés, no para sacar algunas cantidades más o menos grandes, sino para obtener una fortuna de un solo golpe. Doscientos millones en un contrato de la Armada, por ejemplo.

Kingsdale se puso rojo y su mirada cambió radicalmente.

—Veo que ha llegado usted al fondo del pozo, Ridel. ¡Fue una lástima que Grader fallara!

—Lo envió usted, por supuesto.

—Sí.

De pronto, en la mano del hombre de negocios apareció un revólver, y en el cañón llevaba acoplado un silenciador.

Jim lo miró, notando el escalofrío que recorría su espalda.

—Supongo —dijo— que es el mismo con que mató a las chicas... y al pistolero de Droste.

—¿Importa eso ahora? Es el mismo con que voy a matarle a

usted. Sé que está armado... Un hombre como usted tiene que llevar armas. Saque la pistola con dos dedos con mucho cuidado, Ridel.

Jim obedeció. No sabía aún todo lo que quería saber.

—Tire la pistola ahí, sobre la alfombra.

Lo hizo. Después, gruñó:

—Ahora, dígame cómo se asoció con Tony Droste.

—Yo le conocía. Reconocí incluso su voz cuando llamó preguntando por mi mujer a la que intentaba sacar medio millón. Fui a verlo y le convencí de que todo lo que mi mujer tenía eran cien mil dólares, pero entonces le propuse el otro negocio, Ridel. Aceptó. No era muy inteligente, pero sí el tipo que yo necesitaba. Él pudo disponer de unos cuantos rufianes y preparamos el asunto.

—Tal como yo suponía. Usted fue lo bastante puerco para arruinar a su propia esposa.

—Se había acostado con otro tipejo indecente.

—Sí, claro.

Se oyó una exclamación en la puerta. Ridel vio entrar a la señora Kingsdale pálida y furiosa, salvajemente furiosa.

—¡Tú hiciste eso! —barbotó—. ¡Tú, sucio cobarde!

—Estuviste escuchando. Algo muy propio de ti, querida. Colócate ahí, al lado de ese entrometido. Si Grader no hubiese fallado aquella noche, Ridel habría muerto y la policía hubiera achacado la cosa al viejo Droste, así como la muerte de la fulana que ocupaba su apartamento. Todo eso hubiera alejado las suspicacias del verdadero objetivo de todo lo demás.

—Lo demás era asesinar a las otras muchachas, como hizo usted, maldito bastardo.

—Como usted dijo antes, era un negocio de doscientos millones. Valía la pena.

La mujer contuvo el aliento. Su voz fue apenas un gruñido cuando balbuceó:

—¡Asesino! Asesino de mujeres...

—Lo comprobarás sobre tu propia piel...

Ridel achicó los ojos peligrosamente. Pensó que había llegado el momento de intentar el acto final, aunque estuviera desarmado, porque ahora otra mujer podía resultar muerta.

Kingsdale pareció como si adivinara sus pensamientos.

—No conseguirá nada —dijo—, porque voy a disparar. Luego...

No pudo terminar. En el ventanal hubo un estrépito y dos hombres saltaron al interior. Ambos llevaban pistolas, y sus caras eran tan cordiales como el infierno.

—¡Suelte ese petardo! —ordenó uno de ellos—. ¡Suéltelo!

Kingsdale era un asesino, pero no un experimentado pistolero de reflejos fulminantes. Titubeó.

Detrás de aquellos dos intrusos apareció el viejo Frank Droste, sombrío como la muerte.

Kingsdale supo que estaba perdido. Levantó la pistola demasiado tarde.

Un sordo estampido pareció empujarle hacia atrás. El otro pistolero disparó también y esta segunda bala tiró al financiero dando tumbos contra una butaca, derribándola.

La mujer abrió la boca espasmódicamente. Jim gruñó:

—Es mejor que no grite, señora. Esos disparos silenciosos no han sido oídos por nadie. Así que espere. Esos tipos no han venido aquí para provocar una matanza, si no me equivoco. ¿O sí me equivoco, Droste?

—No. Siempre que mantengan cerrada la boca.

—De acuerdo.

El viejo zar del crimen le miró con sus ojos de basilisco.

—Pensar que acabo de salvarle la vida me revuelve las tripas.

—¿Y no se las revuelve pensar que su propio hijo puso en peligro su imperio? Él y ese hombre que acaban de matar.

—Lo supe cuando interrogué a Grader en el hospital. No lo maté de milagro.

—Va usted a cargar con el mochuelo, Ridel, si quiere salir entero de este asunto, Kingsdale es el asesino que busca toda la policía de la ciudad. Muy bien, usted lo descubrió. Él tiene en la mano el revólver con que cometió los crímenes y usted hubo de defenderse. Lo mató, claro, porque usted es así de expeditivo.

—¡Eh, un momento! Los periódicos me crucificarán otra vez.

—Claro. Pero vivirá. Si he de arreglar las cosas a mi modo, usted será enterrado.

—Ya veo.

—Esa dama puede ser su mejor testigo de la defensa propia, dado que no debe guardar mucho cariño por su difunto esposo. Pero eso es asunto suyo. ¿Sí o no, Ridel?

—Claro que sí. ¿Qué otra opción tengo?

—Ninguna. Dale la pistola, Andy.

El pistolero le entregó la pistola equipada con silenciador.

Hasta que estuvieron fuera otra vez, Ridel no reaccionó.

Miró a la mujer. Ella esbozó un gesto de asentimiento.

Jim examinó el cadáver. La segunda bala, procedente del otro pistolero, había atravesado a Kingsdale y estaba empotrada en la pared.

La sacó, disparó otra con la pistola que empuñaba y tras esto fue al teléfono y llamó a la policía.

Helen Moore salió del hospital caminando graciosamente hacia su coche.

Cuando descubrió al hombre apoyado contra el vehículo, contuvo el aliento.

—¡Ridel! —jadeó.

—¿Qué le pasó?

—No comprendo...

—Ya no oculta los sinuosos encantos de su cuerpo. Su cara es el sueño de un hombre en una noche de orgía y sus ojos brillan como faros. ¿Qué le pasó?

—Nada que yo sepa... y no quiero hablar de mí. Es más interesante usted para una charla. Yo creía que le habían encerrado...

—Lo intentaron por todos los medios, pero soy un tipo muy duro de pelar. Incluso los periódicos empiezan a olvidarme, de modo que aquí estoy.

—¿Para qué?

—De momento, para invitarla a cenar. Le dije cuando la vi por primera y última vez que deseaba verla de nuevo.

—Muchos hombres desean lo mismo.

—Esos hombres no son pistoleros dispuestos a todo como yo. ¿O no lee los periódicos?

Ella sonrió. Dijo:

—Los leí todos, Ridel.

—Entonces, ya sabe a qué atenerse.

Ella abrió la portezuela con la llave. Luego se la tendió a él y murmuró:

—Conduzca usted.

Subieron al coche y él lo puso en marcha. Sonrió.

—Tengo muchas cosas que decirle —murmuró—. Luego, usted me dirá otras a mí. Y antes del alba tengo la esperanza de que ninguno de los dos tenga ya nada que decir.

—¿Al alba nada menos?

—Le gustará ver amanecer desde la ventana.

—¿De qué ventana está hablando?

—La de mi apartamento, naturalmente...

Aceleró el coche y salió zumbando.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

siempre en primera línea cuando se trata de ofrecer a los numerosos lectores que la honran con su adhesión los temas de mayor actualidad,

PRESENTA LA NUEVA SERIE TITULADA:

¡KIAI!

HÉROES DE LAS ARTES MARCIALES

a través de cuyos volúmenes se narra la epopeya de unos hombres que, sin otras armas que sus manos ni otro código que el de su peculiar filosofía, luchan esforzadamente por el

BIEN Y LA JUSTICIA

APARICION SEMANAL

RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 25 PTAS.



buenas noches

¿A USTED LE QUITAN EL SUEÑO LA INFLACION,
LAS LETRAS DEL AUTOMOVIL Y LOS RECIBOS DEL GAS?

¡PUES RELAJESE, HOMBRE! Y APUNTESE
A NUESTRA CARCAJEANTE Y PICARUELA



LA REVISTA DE LOS CHISTES SEXY;
LLENOS DE BUENA INTENCION.

¡YA ESTA A LA VENTA!

good night



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

Precio en España: 25 ptas.

